

Publicado en www.relats.org

TESTIMONIOS

ROBERTO DIGÓN: MILITANCIA PERONISTA

Entrevistas 2014

Editado por Carlos Francisco Holubica

Prólogo: Carlos Francisco Holubica

El testimonio que aquí presentamos fue extraído de una serie de entrevistas que el editor de libros del Peronismo Fabián D'Antonio le realizó a Roberto Digón en el año 2014. La idea original era publicar un libro, que finalmente nunca vio la luz. Con la convicción de la importancia de dar a conocer al menos una parte de las experiencias contadas por Digón en esas entrevistas, que son una crónica de la historia del Peronismo vivida por uno de sus protagonistas, a instancias de Alvaro Orsatti decidimos publicar esta síntesis, sobre todo pensando en las nuevas generaciones, que sólo pueden conocer estos hechos por el relato de un dirigente y militante de una trayectoria tan larga e intensa como la de Digón.

Conozco a Roberto desde hace más de cuarenta años. Casi tantos como a mi esposa Susana. Como en toda relación muy prolongada, hemos tenido encuentros, desencuentros y reencuentros, pero logramos seguir juntos, compartiendo ideas, proyectos y realizaciones. Lo digo por Roberto, aunque lo mismo vale para Susana.

A comienzos de la década del 70, los integrantes del Comando Tecnológico Peronista nos reuníamos en el Sindicato Único de Empleados del Tabaco (SUETRA), del cual un joven Digón ya era Secretario General. Como otros grupos militantes, hallamos un fraternal cobijo en esa organización de proverbial solidaridad. No obstante, mi relación con el gremio fue muy anterior, pues mi padre trabajó en la fábrica de cigarrillos Nobleza y estuvo afiliado, hasta su muerte y siendo entonces un jubilado tabacalero, a ese querido sindicato. Puede decirse que, desde que nací, estaba predestinado a encontrarme algún día con este gran compañero y amigo.

La historia de Digón representa, en buena medida, mi propia historia política, circunstancia que me habilita para hacer esta presentación. Hemos compartido, entre tantas experiencias: la gran tarea del Cedel (Centro de Estudios Laborales); las luchas libradas por la Comisión de los 25; el accionar en la Agrupación 30 de Marzo y en el MUSO (Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización); el Consejo Metropolitano del Partido Justicialista inmediatamente después de la recuperación democrática; el trajín en la Cámara de Diputados (en mi caso, en carácter de asesor); el mutuo respaldo cuando fuimos candidatos a cargos electivos; el apoyo al gobierno nacional desde 2003 hasta el 2015; el trabajo en el SUETRA durante muchos años y en la actualidad.

Me resultó, entonces, fácil y a la vez difícil escribir este prólogo. Fácil porque formé parte de muchas de las situaciones que se exponen en las páginas que van ustedes a leer. Difícil porque estuve siempre bordeando mis propios recuerdos y tratando de no hablar demasiado de mí mismo.

El resumen de las entrevistas que tengo el gusto y el honor de prologar relata la historia de un sobreviviente de muchas batallas muy duras libradas en la Argentina: la “Revolución Fusiladora”, la proscripción y la Resistencia Peronista; las luchas contra las dictaduras cívico-militares, la cárcel, los secuestros, las torturas y las desapariciones; el enfrentamiento al neoliberalismo de Menem; por citar los hitos más relevantes.

También cuenta las experiencias de alguien que vivió la felicidad del primero y segundo gobiernos del General Perón; que fue muchos años Secretario General de un gremio combativo; que resultó electo dos veces diputado nacional; que ocupó distintos cargos en el Partido Justicialista; que integró la Comisión Directiva de Boca y que vio salir campeón nacional e internacional al club de sus amores, esto último mal que me pese. Y que apoyó la recuperación de las banderas históricas del peronismo, antes con Néstor y luego con Cristina.

En definitiva, se trata de la vida de un hombre que supo mantener siempre firmes sus convicciones y pasiones. Como tal, este texto constituye una narración de lo acontecido en nuestro país en los últimos sesenta años, con el valor agregado de ser el relato en primera persona de un protagonista de los hechos más trascendentes de la última mitad del siglo veinte y de la primera parte del siglo veintiuno. Un testimonio y un ejemplo invaluable para las nuevas generaciones que se asoman a la política.

Este testimonio de Roberto proviene, como señalamos al comienzo, de un trabajo realizado conjuntamente con Fabián D’Antonio en 2014, basado en una serie de entrevistas, el que fue ahora editado bajo la forma de texto sin incluir las preguntas originales. También se han eliminado referencias en relación al Club Boca Juniors, que ha ocupado un lugar importante en su vida y acción política.

Capítulo I

Primeros años.

Mis padres eran españoles, vinieron muy jóvenes, tenían 17 y 19 años.

El tema de la política estuvo muy ligado siempre a la familia. Mi abuelo paterno fue un militante anarquista en Barcelona, Cataluña. Cruzando la frontera de Francia a España, hacia Barcelona, tuvo un problema. Parece que estaba relacionado con una mujer, una novia, una relación sentimental. Lo esperaron en el cruce de frontera y le metieron 23 balazos. A pesar de eso, como era tiempo de invierno e iba con mucha ropa, sobrevivió a los disparos. Pienso que sería un arma de un calibre chico -esta es una suposición mía-, y eso le permitió sobrevivir a esos impactos y resistir por un tiempo, pero murió unos meses después por la infección de algunas de las heridas.

También mi abuelo materno, que era de Lugo, Galicia, fue adoctrinador en el Partido Socialista Obrero Español. En mi familia conocemos detalles de la Guerra Civil prácticamente como si hubiéramos vivido en España. Por supuesto que mis abuelos defendieron a la *República*, eran decididos militantes republicanos.

Cuando nacimos mis hermanos y yo, estaba todavía fresca esa dramática experiencia. Quiere decir que en mi casa siempre estuvo muy presente la política, era temas corrientes de conversación en mi hogar. Nosotros éramos muy chiquitos, teníamos 4 o 5 años, y recuerdo que a menudo se planteaban conversaciones y discusiones. A mi casa venía mucha gente, especialmente socialistas y comunistas, todos partidarios de la República. Hasta la década del '50, que fueron años en los que volvió a crecer la inmigración española a la Argentina, porque la situación económica incentivaba la llegada de inmigrantes. España, después de la Guerra Civil, pasó años durísimos y el reconocimiento a la ayuda que tuvo de Argentina hizo que muchos españoles jóvenes -algunos

habían participado en la Guerra Civil – cambiaran su mirada sobre la época del Peronismo.

De manera que estuve muy ligado a estas vivencias en el barrio. A veces pienso cómo era la composición social de la cuadra dónde vivía y prácticamente el 80 por ciento éramos chicos argentinos, pero hijos o nietos de españoles e italianos.

Eso también tuvo mucho que ver con la formación, ya que el Peronismo integró a la gente a la política, a la discusión política, con la particularidad de los latinos, y muy especialmente italianos y españoles, tan pasionales en las discusiones. En esa época era todo blanco o negro: eras peronista o antiperonista.

Nací, y todavía vivo allí, en el barrio de Caballito, donde, en términos generales, la mayoría de la gente se volcó al antiperonismo; pero eso nos acostumbró, siendo muy jóvenes, a discutir con argumentos para suplir la diferencia numérica con los que no eran peronistas. Aunque muchos de los que eran antiperonistas habían sido favorecidos por las políticas del peronismo. Comerciantes, industriales, habían tenido un cambio muy favorable, pero no lo reconocían; creían que el mérito era de ellos –típico del individualismo- y no por las políticas de industrialización y de defensa de lo nacional que había tenido el gobierno peronista. Este comportamiento se siguió repitiendo en las décadas siguientes y lo vemos también en nuestros días.

Les molestaba mucho tener que compartir su lugar con gente del interior que vino a trabajar a las fábricas. Siendo de origen extranjero, inmigrantes, fue notable cómo despreciaban al nativo argentino con aquel mote denigrante, entre otros, de *cabecitas negras*. Era una demostración del grado de intransigencia y de intolerancia de muchos europeos, que vinieron escapando de la guerra y de la miseria y cuando pudieron mejorar su situación económica se transformaron, como decían algunas personas mayores cuando yo era chico, en *piojos resucitados*; se comportaban como si hubieran nacido en cuna de oro. Y lo primero que hicieron fue no reconocer los méritos de una política de gobierno que les dio las posibilidades de crecimiento y distribución de la riqueza.

Éramos tres hermanos varones, con lo cual mi madre tenía cuatro hombres en la casa. Tuvo que hacer un gran esfuerzo porque, como era tradición en esa

época, los hombres no ayudábamos demasiado. Veníamos de una formación muy machista y patriarcal. Y mi madre tuvo que hacer muchos sacrificios: con la ropa, especialmente los guardapolvos, todo siempre muy limpio y bien planchado. Realmente fue, de alguna manera, una víctima. Uno se da cuenta de los esfuerzos que hacían las madres cuando llega a grande. Los siguen haciendo, pero en aquella época era mucho mayor la carga de trabajo doméstico.

Cuando Perón asumió la presidencia, hubo discusiones entre mis padres. Mi madre, en cuanto surgió la figura de Perón, instintivamente, a pesar de tener muy poco desarrollo educativo, adhirió a las políticas peronistas.

Mi madre había hecho en España hasta 3º grado, pero tenía un gran sentido de la intuición y, además, era una gran lectora. Le encantaba la lectura. Todos los ratos que podía se dedicaba a leer, no solamente los diarios, sino que también compraba libros. Le gustaban los textos que hablaban del futuro y siempre nos decía que seguramente había vida en otros planetas. Aunque fue muy creyente, no era una practicante activa en la Iglesia, pero estaba convencida de que había otra vida. Fue muy clasista y defensora del peronismo y de la clase trabajadora.

Mi padre también defendía a la clase trabajadora, pero le costó acercarse al peronismo. Recién en el '45, a partir de medidas a favor de los obreros, como el aguinaldo, empezó a ceder. Lo que sucede es que tenía mucha influencia de otros españoles comunistas y, como Perón era un militar, no le tenían confianza; lo asociaban con el fascismo. Había dudas, pero desde el '45 en adelante mi padre no faltó a un solo acto del peronismo. Iba casi siempre con algún otro trabajador español del barrio. Y si no, iba solo, pero él asistía a todos, nunca faltó a uno solo desde el 17 de octubre de 1945 en adelante. Hasta en junio del 55 salió de la fábrica y se fue a la Plaza de Mayo el día del bombardeo. No fue un gran militante, pero sí un hombre que siguió al peronismo, que siguió a Perón y lo defendió.

Así que en mi casa el surgimiento del peronismo influyó mucho. Cuando fuimos un poco mayores, se planteaban continuamente discusiones políticas: en el café, en la escuela. Personalmente fui un gran defensor de las ideas del peronismo en las discusiones con chicos de tradición familiar liberal y también

con algunos simpatizantes de la izquierda marxista. Porque el Peronismo tenía, como tiene todavía, sus detractores por izquierda y por derecha.

Hice el examen de ingreso en el “Hipólito Vieytes”. Pero como éramos muchos aspirantes -realmente no recuerdo el número exacto- según el puntaje nos derivaron a otros establecimientos. En ese entonces, la matrícula había crecido mucho, producto de las políticas sociales inclusivas del peronismo, y ante la gran demanda el Estado se había hecho cargo de algunos colegios privados. A mí me tocó ir a uno que estaba a siete u ocho cuadras de mi casa, casi la misma distancia que el Vieytes. Quedaba en la calle Rivadavia, un viejo colegio inglés, el Charlemagne, que lo rebautizaron Instituto Rivadavia. Los colegios eran gratuitos, por supuesto. Hice ahí los cinco años de colegio comercial.

A pesar de que formalmente éramos alumnos del Vieytes, dependíamos –no recuerdo por qué- de un colegio de Barracas, también secundario, muy bueno, y teníamos que ir a dar exámenes allí.

En el colegio se daban discusiones entre los chicos. El colegio estaba ubicado más dentro de Almagro que en Caballito, pasando Avenida La Plata, entre las calles Rawson y Gascón. Pero era como si fuera mi barrio, porque podíamos ir caminando casi siempre, salvo los días de lluvia. Aparte no había tantos medios de transporte: podía tomar el subte y caminar tres o cuatro cuadras de ida y de vuelta, o ir hasta Avenida Rivadavia, daba lo mismo.

Ya algunos chicos participaban de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Yo no lo hice; hablaba, discutía de política, pero no militaba activamente. Fui alguna vez a la UES, me gustó, pero había en ese momento otras actividades en el barrio, como jugar al fútbol, trabajar, estudiar, que no me dejaban mucho tiempo libre.

Jugué en Ferro, después en Almagro, en las divisiones inferiores. Eso me llevaba tiempo. También trabajaba algunas horas, había empezado después de 3º año, en contadurías, que era una forma de ejercitar los conocimientos que iba adquiriendo en el estudio.

Hice la Academia Pitman. Me recibí de dactilógrafo y de taquígrafo. Hice una mala elección con la taquigrafía, porque después se perdió. Dedicué algunos años a estudiar algo que me sirvió de muy poco. En ese momento, dudé entre hacer inglés o taquigrafía y, por consejo de algunos mayores, seguí en

taquigrafía y no me reportó en el fondo demasiado beneficio. El inglés, como se vio más tarde, me hubiera resultado mucho más útil.

Los bombardeos a la Plaza de Mayo fueron un hecho realmente terrible que tuvo un enorme impacto en nosotros, por la muerte de tantas personas masacradas impunemente. Tirar bombas en medio de una ciudad y ametrallar a la gente era una verdadera atrocidad.

Después, el 16 de septiembre del '55 vivimos el revanchismo de los antiperonistas furiosos. Nosotros vimos algunos locales destruidos; había un gran local en Rivadavia que era del Partido Peronista Femenino, que saquearon y hasta se llevaron su televisor. Había muy pocos aparatos de televisión en esa época; pensemos que pocos años antes, en 1951, comenzó la televisión en la Argentina. Ese televisor estaba en ese local, donde también se enseñaban distintos oficios. Era un local muy grande, que después se convirtió en una escuela pública, que aún hoy funciona en Rivadavia al 5100. Fueron saqueados ese tipo de locales, como fueron saqueadas también muchas instituciones que estaban al servicio de la sociedad.

Quiero contar algo respecto a ese ensañamiento con lo hecho por el peronismo. Una de las cosas que nos impresionó mucho, en el año 1957, fue la epidemia de poliomielitis, conocida como parálisis infantil, que hizo estragos. Los hospitales, que habían pasado a llamarse policlínicos en el gobierno de Perón, después que cayó el Peronismo los volvieron a llamar hospitales. La razón de denominarlos policlínicos fue para marcar la diferencia con la situación anterior; porque había una mala atención en los hospitales y una de las cosas que el Peronismo hizo fue favorecer mucho la educación pública y también la salud pública. En consecuencia, estos policlínicos tenían los elementos más modernos. Había pulmotores y, como tenían el sello de la Fundación Eva Perón, los destruyeron. Cuando apareció el problema de la poliomielitis murieron muchos chicos, porque habían roto esos pulmotores. Cosas de este tipo ahora se han olvidado, pero lo que cuento, en ese momento, impactó mucho. En la cuadra donde yo vivía hubo dos casos: recuerdo a una chica de entre nueve y diez años -tenía dos hermanos mayores de la edad nuestra- que falleció de poliomielitis, la parálisis infantil como le decíamos en esos años.

Todas las actitudes revanchistas, el odio y la violencia nos impresionaron mucho, especialmente la injusticia de destruir elementos que estaban al servicio de la sociedad nada más que por razones políticas, por llevar un nombre. En lugar de borrar o tapar el nombre, destruyeron los pulmotores e, inútilmente, perdieron la vida muchos niños. Era un odio muy grande. Como hemos visto en algunas marchas recientes, en las que se pudo observar ese mismo odio, bastante irracional, en una parte de la clase media y en la clase alta que actúan casi salvajemente. Con una falta de racionalidad que llama la atención, por lo menos en la clase media, por lo injusta que es con medidas del gobierno que la han favorecido.

Capítulo II

Juventud y Militancia

A partir del '56 comencé a participar de algunas reuniones de Juventud Peronista. No entré por la rama sindical, sino por la política. En esas reuniones conocí a muchísimos jóvenes, algunos mayores, muchos ya fallecidos, con los que desarrollamos una gran amistad. Fui muy amigo de los Unamuno; el mayor, Miguel, era más grande que los demás. La mayoría éramos chicos de Caballito y de Flores. Conocí también a los Vallese y a chicos de Mataderos, como José Luis Nell, Antonucci y Ricardo Beltrán. Algunos de los que nombré han fallecido, pero otros todavía viven. Los Antonucci tuvieron un comercio de artículos para el hogar en la zona Oeste, donde les fue bastante bien.

Hacíamos reuniones clandestinas con los más renombrados. Más adelante conocí a Carlitos Caride, a *Cacho* El Kadri y otros compañeros que también han fallecido, como Roberto Pecci, un gran militante de Juventud Peronista, los hermanos Gustavo y *Pocho* Rearte, Héctor Julio Spina. Otro que conocí por esa época fue Alberto Brito Lima. Como dije antes, algunos eran mayores que yo. Hubo otros compañeros que los recuerdo por sus sobrenombres, como el *Petitero* o el *Cartero*.

También conocí al sobrino de Jauretche, a Ernesto, y a chicas como Lilita Castelacci, que fue otra gran militante. Ella era docente, originaria de la ciudad de Junín, y en su casa de la calle Canning -hoy Scalabrini Ortiz-, cerca de Avenida Santa Fe, nos reuníamos con frecuencia. Ese departamento fue allanado varias veces en las décadas del '50 y '60.

Fuimos muy perseguidos; en los diarios prácticamente no se publicaba nada, pero había una feroz persecución hacia el peronismo, con el Decreto 4161 que estableció la proscripción de nuestro movimiento. Pensemos que nosotros, del '55 hasta el '73 vivimos 18 años proscritos y en medio de la violencia. Nos formamos en la violencia de la proscripción y en la creencia de que sólo con otra violencia podíamos tomar el gobierno y el poder. Veíamos como algo muy remoto poder llegar al gobierno por elecciones.

En 1956 se produce *la revolución del 9 de junio*, que influye mucho sobre algunos de nosotros porque participaron militares que eran del barrio. En esa revolución fallida fusilan a un capitán del Ejército, vecino nuestro, en Campo de Mayo. Nosotros, como Juventud Peronista, visitamos bastante a la madre, que vivía en Juan Bautista Alberdi y Riglos, en Caballito. Hubo otro militar, que salvó su vida, Rubén Leopardo se llamaba, también de una familia de la zona, que era sargento 1º o suboficial principal. Estuvo detenido y lo ayudaron bastante sus compañeros de armas para salvarle la vida. Poco después recuperó la libertad.

Mucha gente estuvo detenida por ese hecho. Recuerdo a un hombre que nos adoctrinaba, fabricante de zapatos. Trabajaba por su cuenta en la calle Ambrosetti, donde también arreglaba zapatos. Tendría 36 o 37 años cuando participó activamente en el intento revolucionario y terminó en la cárcel. Me acuerdo de él porque lo ayudábamos todos en el barrio, hacíamos colectas, ya que tenía cinco hijos, de los cuales se murió uno estando el padre preso. Los más chicos tuvieron sarampión, los dos últimos eran mellizos y uno de ellos falleció, nunca supimos si por la ausencia del padre, que agravó la enfermedad, o por una deficiente atención médica, o por ambas cosas. Este hombre estuvo detenido como dos años, hasta 1958. Creo que los hijos mayores tenían entre 9 y 10 años, los más chicos 5 años. Prácticamente, la madre y los cuatro hijos vivían de la ayuda de la gente del barrio.

En esas situaciones se manifestaba la solidaridad que existía entre los vecinos, y al ver el sufrimiento cara a cara comprendí que debía participar activamente para cambiar la injusticia imperante. Entendí que el ser peronista significaba ser discriminado por una parte de la sociedad, y esas vivencias fueron decisivas para mí en el proceso de concientización de la necesidad de defender a los más humildes. Porque sentí que no sólo éramos proscritos

políticamente, sino también despreciados por un sector de la sociedad. No vamos a decir por todos, porque hubo gente que no era peronista, pero que también trataba de ayudar; pero eran los menos.

Andaba con esas personas mayores que eran peronistas. Entre ellos, había un compañero de apellido Carballo que fue dirigente textil, muy amigo de Andrés Framini. El hermano fue saxofonista de una de las principales orquestas de jazz, *Héctor y su jazz*, cuyo líder tenía un hermano que compuso la música para la *Marcha Peronista* y otras canciones partidarias. Eran muy peronistas y nosotros los escuchábamos con gran respeto por ser mayores. Cuando éramos muy jóvenes, a las personas de más de 30 años, que nos superaban en edad y experiencia, las escuchábamos para aprender y poder participar con más conocimiento de la situación.

Tuve la suerte de conocer al compañero Pompeyo Bolio, uno de los mayores, que me ayudó a vincularme con otros compañeros muy valiosos.

Teníamos un compañero que había sido nuestro delegado en los *Campeonatos Infantiles Evita*, cuya hermana estaba casada con un médico de apellido Yrigoyen, hermano de los dos militares de ese apellido que participaron en el golpe de junio de 1956. Uno era el Coronel Valentín Yrigoyen y el otro el Teniente Coronel José Albino Yrigoyen, que fue uno de los primeros fusilados en Lanús, sin estar decretada la *Ley Marcial*.

José Albino Yrigoyen estaba al frente de *Logística y Comunicaciones*; y ahí también fusilaron a Dante Lugo y a los hermanos Ross, que eran los jefes civiles de la revolución. Otro que asesinaron fue Miguel Ángel Mauriño, un militante peronista de alrededor de 40 años que vivía por la zona de Avellaneda - Lanús. Había tomado el Automóvil Club Argentino en Avenida del Libertador, de la Ciudad de Buenos Aires, porque tenía la radio más potente que había. Lo mataron a Mauriño ahí, creo que fue el cuerpo de Policía Montada.

Un día me pide un amigo -que tenía como sobrenombre *Toddy* porque era un muchacho muy delgado y alto, de cerca de un metro noventa- que lo ayude: “*Vení esta noche. ¿Querés servir café que hay una reunión? Vienen militares*”, me dijo. Enseguida le contesté que sí. Esa noche asistieron los que participarían de la revolución y fue donde conocí al general Juan José Valle. Esto debe haber sido unos 10 o 15 días antes del 9 de junio y tengo palabras

grabadas del General Valle. Estaban también el general Tanco, el coronel Calderón y algunos otros militares.

Valle, en esa reunión, dijo que había caído en una redada policial el hermano de Dante Lugo, Rubén, en una quinta que utilizaban de apoyo logístico, donde se fabricaban bombas. La policía llegó allí, creo que era en Moreno, porque a alguien que estaba fabricando las bombas le explotó una en las manos. Y en la redada habían encontrado planos y otros elementos que habían puesto en alerta a los servicios de inteligencia de los militares. Entonces había que adelantar la fecha de lo que ellos planeaban.

Recuerdo las palabras que dirigió el general Valle a sus camaradas y a los jefes civiles: *“Miren, si nosotros pudiésemos contar con un mes o un mes y medio más, esta revolución triunfaría porque tendríamos realmente una infraestructura sólida y muchísimo apoyo de oficiales y suboficiales. Lamentablemente, están alerta ahora, el gobierno dictatorial de Aramburu y Rojas conoce nuestros planes y van a detener a muchos de los nuestros. Creo que esto hay que largarlo ya”*.

Puso una fecha: el 9 de junio; dio las explicaciones por las que elegía esa fecha -yo ahora no las recuerdo-, pero en concreto sería la semana siguiente, un día sábado. El 9 de junio fue un sábado a la noche; me acuerdo bien porque peleaba ese día uno de los mejores boxeadores de nuestra historia: Eduardo *Knock Out* Lause (apodo obvio por la cantidad de peleas ganadas por KO), que combatía en el Luna Park.

Esa noche ocurrió lo que ya sabemos. Hubo improvisación, hubo fusilamientos antes de la *Ley Marcial*, y cuando el general Valle se entregó, a pesar de que se le debía garantizar su vida, lo fusilaron en la penitenciaría de Las Heras el 12 de junio.

Esto demostró, por si hacía falta una prueba más, la falta de convicciones democráticas de esa dictadura sangrienta, que se originó en una supuesta lucha contra la “tiranía” y en la presunta defensa de las “libertades civiles”. Los autodenominados “libertadores”, que tiempo atrás habían bombardeado la Plaza de Mayo masacrando civiles inocentes, ahora fusilaron civiles y militares imponiendo un castigo innecesario, que a ellos mismos no se les había aplicado. Fusilaron en Lanús a civiles y militares antes de la *Ley Marcial*, fusilaron después a un grupo de civiles en José León Suárez, sin juicio, y

también fusilaron en Campo de Mayo a varios militares que no habían disparado ni un solo tiro y que se habían entregado. También fusilaron al general Tanco, que resistió hasta la mañana del 9 de junio en el Regimiento 7 de La Plata, y terminaron fusilando al general Valle. Muchos conocen las cartas que dejó Valle para su hija Susana, que impactaron mucho en la Juventud Peronista porque expresaban un extraordinario sentido humano y político de la vida.

A partir de 1957, milité activamente. El 9 de junio de ese año fue la primera movilización masiva en conmemoración de los fusilamientos. Fue un hecho notable. Empezamos convocándonos por el boca a boca, porque no teníamos diarios ni nada. Con papeles y con pintadas, usando carbón en las paredes, nos habremos juntado entre 5 y 10 mil personas en las Avenidas 9 de Julio y Santa Fe.

Nos hicieron reprimir salvajemente, no sólo por la Policía, sino también por los *comandos civiles*. Nos dispararon personas de civil en Santa Fe y Suipacha, luego en Esmeralda, ya que nuestro objetivo fue marchar hasta el monumento al general San Martín para poner una ofrenda floral en homenaje a los mártires del año anterior. Pero durante todo el recorrido fuimos reprimidos por la Policía Federal y por lo *comandos civiles*. Hubo numerosas detenciones. Fue una represión muy dura, que no puedo dejar de asociar con lo que ocurrió después del '76.

En esa marcha, me encontré por primera vez con algunos dirigentes gremiales con los que tendría después una fuerte ligazón de amistad y militancia. Conocí a Roberto García, que era delegado y luego pasó a ser secretario general del gremio del caucho. Conocí a un grupo de compañeros que después ganaron el gremio de los telefónicos, un sindicato que tenía mucha inserción en el barrio de Caballito. Tenía allí los dos lugares con mayor número de trabajadores telefónicos: en la calle Acoyte, antes de Díaz Vélez, y la actual Felipe Vallese, y en Hidalgo, donde estaban todos los talleres y almacenes. Ahí conocí a quien fue después su secretario general, que participó también del 9 de junio del 56. En esos años conocí a Díaz, a Agustín Cuello, a Manolo Blanco, a Jorge Ribot, a Italo Papandrea, todos del gremio telefónico. Además de este gremio, tuve mucha vinculación con los textiles.

Fue en el año '58, en la primera elección libre que hubo en el gremio telefónico, que ganó la lista peronista encabezada por el compañero Juan José Jonch, al que conocía bastante, lo mismo que a sus hermanos que también militaban. Uno de ellos militó varios años conmigo; con él, tiempo después, compartimos cárcel y fuimos torturados en la época del *Plan Conintes*, con picana eléctrica. Empecé en lo que fue una Juventud Peronista incipiente; teníamos muchas ideas, pero éramos muy improvisados. Nos gustaba ir al frente, pero así también sufríamos represiones duras, porque nos faltaba aprender a defendernos en la calle, instruirnos sobre tácticas de combate callejero, entender algunas cosas que planteaba Perón, a armarnos para una *guerra de guerrillas*, como se decía en esa época.

Perón solía decir: *Donde está el enemigo todo, donde no está el enemigo nada*. Esto lo fuimos comprendiendo duramente, y al inicio de la década del '60 ya empezamos a organizarnos de otra manera.

Toda mi militancia fue en la Juventud Peronista, pero ocurría que los únicos que nos ayudaban eran los sindicatos. Es decir, al estar prohibida la actividad política, el desarrollo nuestro fue a través de los sindicatos.

De allí que ayudábamos mucho a los dirigentes peronistas de los gremios. En esa época colaborábamos con distintos dirigentes, como Rachini de Aguas Gaseosas, Avelino Fernández y Rosendo García, que eran nuestros ídolos, de la Unión Obrera Metalúrgica, Jorge Di Pascuale, líder en Farmacia, y Andrés Framini, de la Asociación Obrera Textil.

Todos los dirigentes que fuimos conociendo nos dejaron una enseñanza. Además, nos dieron apoyatura para comprar libros, para aprender cosas que nos faltaba saber, para defendernos ante las proscripciones y detenciones.

Fueron muy pocos, contados con los dedos de una mano, los abogados que nos defendían. Cuando nos blanqueaban en las detenciones, ya nos habían golpeado y torturado. Recuerdo siempre un episodio en la década del '60, cuando nos trasladaron a una cárcel. Estábamos muy golpeados y los médicos que nos recibieron, a las 3 o 4 de la mañana, nos preguntaron si nos habían golpeado y les mostramos todas las marcas en el cuerpo. Entonces el médico nos dijo: *"Miren, a esto estamos acostumbrados. Yo les quiero decir lo siguiente: acá en la cárcel no los va a tocar más nadie. Si ustedes declaran esto –lo de las torturas-, seguro que los van a llevar de vuelta y no me*

responsabilizo de que no los vuelvan a golpear. Hagan lo que quieran...". Con lo cual, dejamos de denunciar las torturas para que nos blanquearan, y en la cárcel sabíamos que ya no nos iban a volver a golpear, por lo menos brutalmente, o torturar con picana, como lo habían hecho antes.

Aunque existían distintos sectores, éramos muy unidos. Cada 6 meses elegíamos a algún compañero como referente. Todos fuimos jefes de un grupo de la Juventud Peronista en algún momento.

Los primeros que recuerdo fueron aquellos que respondían al *Pocho Rearte*. Después apareció el *Comando de Organización*, conducido por Brito Lima, que era un grupo más de choque. Nosotros luchábamos, nos organizábamos para pelear contra la Policía, más como defensa que como ataque, pero el C. de O. era un grupo mucho más violento, que después se fue volcando hacia la derecha.

Lo que nos unía a todos los sectores era el gran respeto al peronismo y a Perón. En la década del '60 comenzamos a tener contactos con varios chicos jóvenes que venían de la izquierda. Muchos de ellos se estaban desvinculando del Partido Socialista Independiente (un viejo desprendimiento del Partido Socialista); algunos otros pertenecían a la Federación Juvenil Comunista. Se mostraban dispuestos a debatir con nosotros, pero a veces discutíamos con tanta vehemencia que terminábamos a las trompadas.

Toda esa década, muy especialmente hasta 1965, empezamos a conocernos e interactuar entre los distintos grupos de juventud, fueran peronistas o de izquierda. Me acuerdo de un compañero del barrio cuyo padre era dentista – tenía el consultorio en Espinosa y Neuquén- muy bueno en su profesión pero antiperonista. El hijo mayor, ese compañero del que hablo, más grande que nosotros, fue vicepresidente de Ferro varios años, y su hermano menor fue uno de los desaparecidos de la década del 70. En el momento de su desaparición ya era un muchacho de 30 o 30 y pico de años. El hermano mayor pertenecía al Partido Socialista, luego militó en el Partido Socialista Independiente, desde donde se vinculó al peronismo y empezó a compartir nuestras reuniones.

Aunque al principio, como dije antes, muchas veces terminábamos a los golpes, a la larga logramos construir una relación de mutuo respeto. Nos fuimos dando cuenta de que, en definitiva, el sistema nos perseguía y reprimía a todos. Y entonces nos planteamos buscar las coincidencias, en lugar de

pelear por las diferencias. Ellos intentaron comprender a Perón, vieron cómo nos perseguían a él y a los peronistas, además de percibir lo que nosotros constantemente les decíamos: que los trabajadores eran mayoritariamente peronistas porque se sentían representados.

Tengo algunas historias sobre estos compañeros provenientes de la izquierda, mayormente universitarios, que terminaron sus carreras y se recibieron de médicos, de ingenieros, luego de hacer su experiencia en la militancia política. Hijos de familias de clase media casi todos ellos, puedo citar el caso de alguien que actualmente vive en España, que fue jefe de los servicios médicos de nuestro sindicato en la década del '70, el Dr. Ricardo Saiegh, hermano de Miguel Saiegh, otro militante universitario que terminó en el peronismo. Ricardo, que venía de la "Fede" (Federación Juvenil Comunista), nos contó una anécdota ilustrativa de la experiencia que hicieron estos compañeros. Cuando se recibió de médico, le dijeron que había que ir a trabajar a las fábricas para aprender lo que era ser un obrero. Y él se fue a trabajar a una fábrica metalúrgica, creo que era Volcán. Los primeros tiempos anduvo bien, porque era un pibe joven, nuevito, y los mayores lo apañaban. Pero a los 5 o 6 meses sus compañeros empezaron a recelar porque se notaba que tenía una preparación que no se correspondía con la de un obrero común. Esto se puso más en evidencia en un par de oportunidades en que se enfermó algún trabajador y Ricardo, que era médico sanitarista, amén de que también se recibió de psicólogo, sugirió tratamiento y medicación. Entonces los compañeros lo empezaron a ralear diciéndole: *"¿Vos qué hacés acá? Vos no sos peronista. Vos estás infiltrado"*. No tuvo más remedio que contarles la verdad y ellos aceptaron sus explicaciones con estas palabras: *"Bueno, pero tenés que respetarnos"*. Y él les contestó: *"Está bien, sí, ustedes se dieron cuenta y los respeto. Por eso voy a seguir con mi profesión y a defenderlos lo mismo"*. Dejó la fábrica llevándose una enseñanza: mientras trató de mimetizarse con los trabajadores, que no sabían quién era pero se dieron cuenta de que no era un tipo de su misma clase, le perdieron la confianza; al sincerarse, quedó claro que no era igual que ellos, pero se ganó su respeto. Otros compañeros me contaron anécdotas similares y la conclusión que saqué es que ahí empezaron a comprender a la clase trabajadora y pude entender por qué ellos llegaron a tener tanto respeto por el peronismo.

Una gran parte de los militantes eran estudiantes universitarios. En la universidad se producía un cambio profundo, porque la gran discusión en los sectores de izquierda se planteó en estos términos: “*Nosotros defendemos a los trabajadores, pero los trabajadores no están con nosotros, los trabajadores son peronistas*”. Entonces se replantearon sus posturas y las modificaron. Varios de estos compañeros, que después perdieron la vida en la década del ‘70, me contaron que en sus viajes a Cuba para practicar instrucción militar, tuvieron algunas reuniones con Fidel Castro, y que el líder de la revolución cubana, un poco en el estilo de Perón, haciéndose el distraído, pero con la sapiencia que tenía, les dijo: “¿Dónde es que van ustedes, a la Argentina? En la Argentina la clase obrera sigue mucho al general Perón, habría que ver por qué pasa esto!”

Esas reflexiones de Fidel Castro fueron también una advertencia de que había cosas para cambiar. En este sentido, tengo siempre presentes a dos personas que murieron en la lucha armada, que fueron jefes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), hablo de Marcos Osatinsky y de Roberto Quieto. Nunca me voy a olvidar de ellos. Y a los recuerdos imborrables quiero agregar al poeta Francisco *Paco* Urondo. Fueron los tres compañeros que me impresionaron mucho porque, viniendo de familias de clase media, media alta, muy gorilas, admitieron sus equivocaciones y tuvieron un gran reconocimiento del peronismo.

Todos los sectores de la Juventud Peronista hicimos nuestro aprendizaje organizativo desde la resistencia y la proscripción. La lucha nos hizo confluir en algún momento a los que veníamos del peronismo con otros compañeros de la vertiente del nacionalismo, en especial de Tacuara. Habíamos llegado a una conclusión, producto de la necesidad: teníamos que buscar algunos datos para dar un golpe importante, porque nos faltaba dinero para comprar armas, para adquirir alguna imprenta chica que nos permitiera editar un boletín de prensa, en definitiva, perfeccionar nuestra organización para la lucha. Si bien algunos documentos nos imprimían en sindicatos amigos, no era lo mismo. Queríamos crecer. Ese fue el incentivo para reunirnos con gente nacionalista. Así conocí a Joe Baxter, a José Luis Nell, al hermano más chico -que ya lo nombré antes-, al *Vasquito* Unamuno, a quien después, lamentablemente, lo perdimos por una leucemia galopante; cuando murió, tenía alrededor de 30 años.

También nos reuníamos con muchos chicos que eran de la Juventud Peronista de Flores y de Caballito. Ahí lo conocí, como conté antes, a Felipe Vallese, después al hermano, Italo y a otros compañeros. Otro de los participantes de estas reuniones fue Dardo Cabo, con el cual planteamos algunos objetivos en común.

Nos juntábamos en sindicatos, como el de empleados de tabaco, que en aquel tiempo nos brindaba cobertura. El secretario general era José Francisco Lanzilotti, un compañero muy peronista. La sede del gremio estaba –como aún sigue estando- en Flores, en la calle Bolivia. Allí se hicieron los preparativos para llevar a cabo esa operación.

Teníamos el dato de que se pagaba en el Policlínico Bancario, en algún día del mes, una suma muy importante de dinero. Pero, llegado el momento, hubo una división entre nosotros y un grupo no participó; sabíamos de todo pero no participamos. De los que sí participaron, uno de los cabecillas fue José Luis Nell, junto a un grupo de compañeros del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT). José Luis después cayó preso, pero más tarde escapó de la Argentina. Vivió en Uruguay, se integró a Tupamaros, y estuvo preso en Punta Carretas. Al tiempo volvió a la Argentina, se unió a Montoneros y participó de la movilización que se hizo el día que volvió Perón definitivamente al país, el 20 de junio del 73. Fue uno de los baleados por la derecha peronista. Recibió un tiro en la columna vertebral y quedó parálítico; no lo soportó y a los pocos meses -no recuerdo bien, pero menos de un año después- se suicidó pegándose un tiro en las vías del ferrocarril San Martín.

Él fue un poco el responsable del operativo –del que yo fui uno de los que no participó-, el número uno en la toma del Policlínico. Luego del golpe, no sabían dónde guardar la plata. Los buscaba el país porque hubo, desgraciadamente, muertes. Uno de los participantes de la operación disparó y mató a un trabajador. Eso llevó a una gran redada por todos lados. Los títulos en los diarios repiqueteaban sobre este hecho.

Los compañeros estaban con el dinero, tratando de esconderlo. Tuvieron la ayuda de algunos dirigentes sindicales para ocultarlo. Lo escondieron en un sindicato, pero el Secretario General de ese gremio no sabía nada. El día que le contamos a ese compañero, porque era un amigo, que el dinero estaba ahí adentro, mientras lo buscaba todo el mundo, se descompuso. *“Esto es una*

barbaridad”, repetía sin cesar, porque no podía creer que estaba adentro de la sede gremial. Nos pidió que habláramos con los responsables para sacarlo de ahí, y en 24 horas los compañeros lo llevaron a otro lugar.

Eran peripecias que surgían por la poca ayuda que conseguíamos en esa época, en el contexto del aprendizaje que hacíamos para organizarnos en la clandestinidad, porque la proscripción del peronismo continuaba. Perón trató de regresar al país en el '64; le habían asegurado que no iba a tener ningún inconveniente, pero el origen esencialmente antidemocrático de un gobierno elegido por menos del 24 por ciento de los votos, como fue el de Illia, terminó pidiéndole a la dictadura del Brasil que no dejara seguir viaje al avión en que venía Perón.

Ese episodio hizo que se les pasara factura a algunos dirigentes sindicales. Quizás el principal destinatario de esas facturas fue Augusto Timoteo Vandor, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica. A partir de allí comenzó otra historia en el peronismo. Se produjo una división profunda, incluso dentro del gremialismo, porque se empezaba a vislumbrar, por los contactos de Vandor y otros dirigentes de su entorno con militares y políticos, que podía pergeñarse un peronismo sin Perón. Y muchos compañeros estábamos decididos a enfrentar ese proyecto, en nombre de los deseos de la mayoría del pueblo – que teníamos la convicción de que pensaba como nosotros- que anhelaba el retorno de Perón y luchaba para lograrlo.

La división en el movimiento obrero se dio por el desplazamiento de algunos dirigentes que se olvidaron de su clase y de los intereses por los cuales fueron elegidos por los trabajadores, ya que luego terminaron muchas veces enamorándose de los militares de turno. Recibían favores de esos militares; a partir de lo cual se hacía mucho más complejo para ellos sustentar una posición a favor del trabajador. Pero siempre terminó imponiéndose la mayoría del movimiento obrero y la clase trabajadora sobre aquellos que traicionaron su misión. Y, encima, a muchos de esos dirigentes colaboracionistas los mismos militares en el '76, después de que los habían dejado enriquecerse, los secuestraron y les sacaron su dinero.

Capítulo III

Sindicalismo y Revolución

Un hecho que me impresionó la primera huelga de los bancarios, ya que fue durísima. Hubo una gran lucha, muy especialmente en el centro de la ciudad de Buenos Aires, donde se produjo una batalla campal en lo que hoy es el Edificio del Plata, lugar en que funcionan algunas dependencias del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. La justicia de faltas de la Ciudad de Buenos Aires estaba en ese edificio, en Carlos Pellegrini, entre Sarmiento y Perón. En aquel momento lo estaban construyendo y, mientras la policía reprimía brutalmente a los bancarios, los obreros de la construcción, que estaban trabajando en la obra, empezaron a tirar ladrillos a la policía por la indignación que les producía ver cómo apaleaban a los compañeros bancarios.

Otro hecho que me quedó muy grabado en la memoria fue la batalla entre los defensores de la educación laica y los sostenedores de la educación libre. Recuerdo las grandes manifestaciones, de 20 a 30 cuadras llenas de estudiantes. En mi barrio, salían de los colegios de Caballito, muy especialmente el Liceo y el Normal de mujeres, en Rivadavia y José María Moreno.

Toda la represión que se desató luego de la caída del peronismo afectó a los jóvenes de mi zona, muchos de los cuales no eran peronistas, sino más bien radicales o de izquierda. En los colegios secundarios se empezó a generar la participación política; lo que había hecho el peronismo años antes de llegar profundamente a los chicos jóvenes, alentándolos a participar en política, comenzó a rendir frutos y se abrió una etapa nueva de la vida argentina.

Muchos de los que participaron en la lucha entre laica y libre, en los años 58 y 59, fueron después los que, a partir de 1965-66, provenientes del socialismo y de otros grupos de izquierda, se acercaron a la JP y al peronismo. Como conté anteriormente, en la vivencia de la contradicción entre la defensa de los trabajadores, que eran mayoritariamente peronistas, y sus ideologías de izquierda, que no eran compartidas por la clase obrera, se fueron acercando a nosotros.

No tengo ninguna duda de que las luchas en las escuelas y en las universidades propiciaron que numerosos militantes del socialismo y del comunismo aceptaran integrarse al peronismo. Ellos se planteaban que *“si nosotros queremos defender a la clase obrera argentina y los obreros de*

nuestro país creen que la lucha reivindicativa y la revolución pasan por el peronismo, tenemos que estar ahí”. Este cambio cualitativo en su pensamiento culminó, hacia finales de la década de los '60, en lo que fueron las organizaciones armadas.

Quiero contar una anécdota que me tocó vivir en carne propia. En el año '62, cuando lo derrocan a Frondizi, reaparecen los problemas internos en las Fuerzas Armadas, muy especialmente en el Ejército. Una división que terminó distinguiéndose con dos colores, que fueron los azules y los colorados. Los azules eran los militares más propensos a algún diálogo, a no usar tanto la fuerza y la represión. Los colorados eran los más gorilas, los más antiperonistas. Aquí en la Capital Federal, producto de eso, hubo graves enfrentamientos. Algunos que recuerdo nítidamente fueron, uno en Constitución y otro en el Parque Chacabuco.

En uno de esos enfrentamientos muere un oficial *azul*. El que lo mata es un oficial *colorado* de menor graduación, no me acuerdo si era teniente 1º o tenía otro grado en ese momento. Este militar tuvo después una actuación realmente tenebrosa en la represión de la dictadura cívico militar del '76. Era un coronel del Primer Cuerpo de Ejército, Roberto Roaldés, quien fue el que después me secuestró, a mí y a mi familia, el 29 de septiembre de 1976. Nos secuestraron y nos torturaron, acusándonos de ser jefes montoneros cuando en realidad nunca me encuadré en esa organización.

Estuve, como relaté antes, en la Juventud Peronista, tenía íntimos amigos en Montoneros, en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), pero jamás estuve integrado a ninguna organización armada. Roaldés, que había sido dado de baja del Ejército por matar a su camarada, luego fue rehabilitado por el general Lanusse, uno de los jefes *azules*. Le levantó la condena que tenía, lo volvió a ingresar al Ejército, y terminó siendo uno de los represores más terribles que tuvo la dictadura del 76 al 83. Un personaje que ya falleció, hace varios años. Tuvo un accidente en el Tigre -esto me lo contaron otros militares-, se le dio vuelta una lancha, donde iba con tres hijas, y se ahogaron dos de ellas. Ese episodio lo dejó con serios problemas psicológicos. A partir de ese momento, me contaban algunos, había días que tomaba hasta 22 analgésicos.

Este personaje fue siniestro, un tipo no solamente partícipe de las atrocidades cometidas por los militares, sino un sujeto con problemas psicológicos realmente serios.

Recordemos que Illia ganó las elecciones con un 23 por ciento de los votos, casi la misma cantidad de los votos en blanco. Ese voto en blanco no era todo el peronismo, porque algunos votaban partidos que llevaban en sus listas algún dirigente peronista, pero era bastante representativo del sentimiento mayoritario de nuestra gente, una forma de repudiar la proscripción. La década del 60 fue una época en la que al estar proscripto y prohibido el peronismo, se hacían actos que –obviamente- no estaban autorizados, como los 26 de julio por el fallecimiento de Evita, en la CGT. Esos actos, de los que yo participaba, eran reprimidos violentamente por la policía.

Recuerdo la represión muy dura que sufrimos en un acto que intentamos hacer para reclamar la libertad de los compañeros que estaban detenidos por el Plan Conintes. Producto de la aplicación de ese plan había miles de compañeros detenidos, alrededor del año 63, en las distintas cárceles del país, pero muy especialmente en Caseros y en Devoto. Después, ya en el '64, tras el primer intento de Perón de volver al país, se produce la visita de De Gaulle a la Argentina. En esa ocasión la Juventud Peronista se movilizó hacia el Congreso y hacia los lugares donde iba el presidente de Francia, con la intención de vivarlo; porque De Gaulle tenía una buena relación con Perón y lo comparábamos mucho con él. En esas movilizaciones soportamos una de las represiones más brutales, que culminó con la muerte de un compañero.

No era la primera vez que sufríamos la pérdida de un compañero por la represión. Uno de los primeros desaparecidos de la segunda mitad del siglo pasado fue Felipe Vallese, secuestrado en 1962 en Donato Álvarez y Canalejas, calle que hoy lleva su nombre. Era un compañero metalúrgico, de la Juventud Peronista, y nunca apareció su cuerpo.

En la elección a gobernador en Mendoza, año 1966, donde participó el vandomismo o el peronismo sin Perón, o sea los dirigentes peronistas que creían poder hacer su propio juego al margen de Perón y que la gente aceptaría esto. A ellos les dimos un escarmiento en la compulsa entre dos candidatos, uno nominado por Perón –Ernesto Corvalán Nanclares- y otro que impulsaban los neoperonistas o peronistas sin Perón –Alberto Serú García-,

pues si bien, por la división de los votos peronistas, ganó el Partido Demócrata por escaso margen, Corvalán Nanclares salió segundo y Serú García terminó en el cuarto lugar. En otras palabras: el candidato de Perón derrotó al candidato del vandomismo, del peronismo sin Perón.

Ese hecho precipitó la división del movimiento obrero peronista, representado por las 62 Organizaciones, constituyéndose las *62 Organizaciones de Pie*, integrada por los que apoyamos a Corvalán Nanclares en Mendoza.

Fue una época notable para los que luchábamos por el regreso de Perón y por la restitución de las conquistas del peronismo, ya que después del golpe militar de Onganía en 1966, se creó la CGT de los Argentinos, que le dio a los trabajadores un instrumento para pelear por la recuperación de sus derechos.

Onganía empezó a cercenar, como siempre hacen los dictadores, las conquistas obreras. Implementó una política económica que produjo el aumento de la desocupación, por lo que las luchas reivindicativas se volvieron cotidianas. En ese contexto de gran efervescencia social y política, desde la Juventud Peronista a través de las FAP, los militantes del Peronismo de Base (PB), el grupo Descamisados, algunos integrantes de Montoneros, de las FAR, empezaron a plantearse seriamente la opción de la lucha armada.

Es decir, sectores del peronismo y de la izquierda decidieron tomar las armas, muy influenciados por los conflictos mundiales y por la Cuba de Fidel Castro y el *Che* Guevara, que tuvo una gran influencia en la Argentina.

La juventud sintió que no había otra salida, que las elecciones no servían para nada, no sólo por la proscripción de nuestro movimiento. Uno votaba y al año o dos años los gobiernos eran derrocados por los militares. De manera que, entre la proscripción y los golpes militares, no había una verdadera democracia. Se planteó entonces la necesidad de luchar contra el enemigo, corporizado por los militares, con sus mismas armas. Porque en definitiva, aunque los militares eran argentinos, se comportaban como la fuerza pretoriana de ocupación del imperialismo en nuestro país.

A partir de ese momento se inició una lucha totalmente distinta, donde se mezclaron y trastocaron muchas cosas y donde cometimos numerosos errores. El movimiento obrero tomó la llegada de Frondizi con mucha claridad y seriedad se tomó esta cuestión dentro del movimiento obrero. Había más confusión en los sectores políticos, porque lo que planteaba el desarrollismo,

más con el libro que había escrito Frondizi sobre el petróleo, aparentaba ser un proyecto industrialista, pero con el tiempo tuvo un cambio drástico en su concepción sobre la economía.

El gobierno de Frondizi, que comenzó como un gobierno progresista y él como un hombre de izquierda, celebró algunos acuerdos con los Estados Unidos que significaron un giro ideológico hacia el liberalismo, expresado en dos políticas que tendrían graves consecuencias.

Por un lado, la política de transporte, claramente contraria a los ferrocarriles, los subtes y los tranvías, ya que Frondizi empezó el desguace de las líneas ferroviarias, detuvo la expansión de la red de subterráneo y terminó con los tranvías, muy especialmente en la Capital Federal y en La Plata. Pensemos que Argentina fue pionera en materia de subtes –el primer país de América Latina y el tercero en el mundo en desarrollar ese medio de transporte- y a partir de 1960, cuando se terminó de construir la línea E, no se hizo más nada durante cuatro décadas. Tengamos en cuenta también que la red tranviaria de Buenos Aires era, en las primeras décadas del siglo XX, la más importante del mundo. Los tranvías llegaban desde la Capital Federal hasta Quilmes. En La Plata también había líneas de tranvía. Fue todo un gran negociado del desarrollismo, que se completó con los contratos petroleros.

Pero más allá del negociado, se destruía un sistema de transporte limpio, no contaminante del medio ambiente, para favorecer intereses espurios. Porque ¿quiénes estaban atrás? Atrás estaban los intereses petroleros, las empresas automotrices y las compañías constructoras: camiones, colectivos y autos, en lugar de trenes, subte y tranvías, lo cual requería gasoil y nafta, además de asfalto y rutas. Todo este cambio ¿a quién favorecía? A los capitales norteamericanos en particular y a las multinacionales en general.

Este giro copernicano desató una gran discusión interna en el frondizismo, ya que los sectores juveniles de izquierda que apoyaban al gobierno empezaron a cuestionarlo. Se produjo entonces un reacomodamiento de esos sectores, que se profundizó a partir de la caída de Frondizi, quien había incumplido el pacto con Perón y, paradójicamente, es derrocado por permitir la participación del peronismo en las elecciones a gobernador de la provincia de Buenos Aires. Es que Frondizi no creía que el peronismo pudiera ganar y, encima, con un dirigente gremial como Andrés Framini, Secretario General de la Asociación

Obrera Textil, un gran dirigente, una persona de una enorme honestidad y un defensor de los derechos de los trabajadores. Él fue el que asumió el desafío de enfrentar al candidato de Frondizi, Oscar Alende, un peso pesado de la política de entonces, que ya era gobernador. Alende era un gran batallador, un hombre proveniente del radicalismo, pero del sector progresista, que años después fundó el Partido Intransigente y que también luchó contra la dictadura militar. Con esto quiero decir que no era un mal candidato y, sin embargo, la gente demostró que no se olvidaba del peronismo, que confiaba en él, y los trabajadores votaron masivamente a Andrés Framini. Los militares no lo pudieron soportar: hicieron que Frondizi anulara la elección y después lo derrocaron.

Esta es una demostración más de la impunidad con que históricamente actúa el imperialismo, sea el británico o el norteamericano. Lo hicieron en el golpe de 1930, en el de 1955, en los de las décadas del '60 y '70 y lo siguen haciendo aún hoy en otros países.

El gobierno de Frondizi despertó, inicialmente, esperanzas en parte de la población, y en un primer momento un sector importante del peronismo lo apoyó, ya que muchos compañeros votaron según el acuerdo que estableció Rogelio Frigerio, quien era la mano derecha de Frondizi, con Perón en Venezuela.

Uno de los puntos de ese acuerdo, que se hizo en 1958, fue que debía liberarse a los centenares de presos peronistas, detenidos injustamente, cosa que Frondizi cumplió. Al poco tiempo de asumir la presidencia, ordenó liberar a los compañeros que estaban detenidos desde hacía dos o tres años.

Pero quiero recordar que en esa elección, a pesar de todo, hubo casi 1 millón de peronistas que votaron en blanco. Fueron 980 mil votos de compañeros que no quisieron votar a Frondizi. Y a la larga el tiempo les dio la razón, porque Frondizi no cumplió prácticamente ninguno de los otros puntos del acuerdo.

Siempre recuerdo las palabras de Perón cuando le dijeron: *“Pero hubo una parte del peronismo que no votó según sus órdenes...”* *“Bueno, esos son los anticuerpos que necesita todo cuerpo humano. Son los mejores”*, contestó el General.

Hasta la década del 60 había más de 20 millones de habitantes, pero el padrón de votantes, obviamente, era menor. Por eso, en relación al padrón, 980 mil votos en blanco fue un número importante.

Siempre, de alguna manera, nos llegaban los mensajes de Perón. Eran discos de pasta, y entonces había que buscar un tocadiscos. Yo era muy joven y caminaba mucho con otros compañeros más grandes llevando la valijita con el tocadiscos.

Recuerdo varios actos donde hicimos escuchar la palabra de Perón y luego debatimos. Resultaba increíble cómo Perón, en esos mensajes del 57-58, anticipaba todo lo que iba a ocurrir en la Argentina; si hoy pasáramos esos discos, nos asombraría la coincidencia con lo que sucedió después. Realmente, la visión que tenía Perón con respecto a lo que iba a pasar en el mundo, en la Argentina, era de una clarividencia absoluta. Verdaderamente extraordinario.

Todavía pienso en el valor que tenían esos discos. Me acuerdo que íbamos mucho al oeste y al sur del Gran Buenos Aires; Paso del Rey, Merlo, San Antonio de Padua, Moreno, Avellaneda, Lanús, Wilde, Lomas de Zamora, Bernal y Quilmes, entre otras localidades. La resistencia peronista estaba muy centrada en esos lugares; en la zona sur muy especialmente, y algo menos en el oeste, porque recién empezaba a poblarse. El sur del conurbano fue la zona industrial por excelencia, desde las décadas del '30 y el '40; por lo cual, tenía un mayor desarrollo la clase obrera ya que las principales fábricas estaban ahí. En Capital tuvimos mucha ayuda de un guardabarrera de la estación Caballito, cerca de la cancha de Ferro, un muchacho muy peronista que nos hizo varios contactos para juntar gente en distintos barrios.

La mayor actividad la hacíamos los fines de semana –sábados a la tarde y domingos a la mañana- que era cuando podíamos juntar un poco más de gente. En esas reuniones, que congregaban de 10 a 20 compañeros, me emocionaba ver cómo lloraban al escuchar la voz de Perón.

El General estaba en Venezuela -luego se trasladó a República Dominicana- y algunos dirigentes iban a verlo. No era muy fácil, había que tener mucho cuidado porque, a veces, algunas personas, por el hecho de hablar con Perón, aunque no fueran peronistas, tuvieron problemas al volver a la Argentina. Recuerdo el caso del equipo del Club Atlético Huracán, que hizo una gira por

Centroamérica. Algunos de sus jugadores -me viene a la memoria el nombre de Montaña, por ejemplo- fueron a visitarlo a Perón y al volver al país tuvieron problemas. La persecución era feroz; no permitían nada, no querían nada relacionado con Perón y el peronismo.

De esa época quiero destacar a uno de los hombres que tuvo un rol preponderante en la Resistencia Peronista: John William Cooke. Si bien la clase trabajadora fue la columna vertebral del movimiento, este compañero sobresalió del resto. Todos le tenían un gran respeto, y nosotros lo tomamos como referencia para la juventud. Él tuvo una intensa comunicación con Perón, a través de una correspondencia que terminó siendo documentación de gran valor histórico. Cooke fue, en la época más dura de la Resistencia, el delegado personal del General en la Argentina.

Capítulo IV

De Delegado de Fábrica a Secretario General

Ya estaba, a partir del '60, trabajando en una fábrica de cigarrillos, Particulares. La convivencia entre la militancia interna y externa costó un poco porque, en el fondo, había un sentido discriminatorio hacia el peronismo de parte de los empresarios, pero no de los compañeros. La patronal tenía una prevención si eras militante del peronismo, ya que podías traer problemas, plantear reclamos por reivindicaciones y demás.

Dentro de todo tuve bastante suerte y gocé de cierto respeto, porque comencé muy temprano a participar en las discusiones por cuestiones laborales. En esos momentos la relación entre empleador y trabajadores dentro de una empresa con 1.000 a 1.100 compañeros, 1.400 en todo el país, un número muy importante, no era sencilla y había discusiones de todo tipo.

Teníamos un club de la misma empresa, en el cual la pasábamos muy bien; podíamos jugar al papi fútbol, había mesa de billar, juego de cartas, un salón de actos, una parrilla. Existía una gran amistad y compañerismo; y por encima de algunas divisiones políticas, yo tengo los mejores recuerdos de esa época. Puede ser que haya tenido suerte, además del respaldo de muchos

compañeros que me apoyaron, porque otros muchachos perdieron sus trabajos por las luchas sindicales.

No digo que no haya sufrido algunos problemas, a veces serios, pero fui siempre respetado; quizás porque era muy joven, o porque veían que era muy franco en las discusiones, aunque los representantes de la empresa y sus abogados no compartieran mis ideas. Igual había que tener siempre mucho cuidado.

En la medida que fuimos consiguiendo mejoras para los compañeros, creció la confianza y el aprecio hacia nosotros. Era una época distinta a la de ahora. Cuento a menudo ciertas anécdotas a los compañeros más jóvenes, a mis hijos, a todos les hablo sobre la solidaridad que había entonces en la fábrica. En ese tiempo había mucho carterista en el transporte de pasajeros, y a veces les robaban a los compañeros la billetera o la cartera el día que cobraban el sueldo. Otras veces tenían un problema de enfermedad de algún hijo. En cualquiera de esos casos, prácticamente no había un compañero que no colaborase. Como éramos muchos jóvenes, era frecuente que alguno se casara. El casamiento en esa época era una ceremonia mucho más especial que ahora; y además estaba la despedida de soltero. Por eso se hacían muchas colectas, para el casamiento o alguna ocasión especial, entre los compañeros de la fábrica. Cada uno ponía lo que podía: 5 pesos, 10 pesos, según el sector de trabajo y el nivel salarial. Pero estas cosas unían mucho a los compañeros y los convertía en amigos, ya que los lazos solidarios son muy fuertes.

A veces había algún compañero que no podía poner porque tenía problemas en su casa, alguna enfermedad de un familiar u otra cuestión y, por supuesto, nadie se molestaba. Pero cuando se trataba de compañeros que no eran generosos, que podían colaborar y no lo hacían, ¡cómo los apartábamos a esos! ¡Cómo el grupo los rechazaba!

Desde ya que más de uno ponía obligado, aunque sea 2 pesitos o 1 pesito, algo, para no quedar afuera del marco solidario y de la amistad entre compañeros. Había un autocontrol entre nosotros mismos con respecto a la solidaridad. Insisto, era otra época; eran fábricas muy grandes, había lugares de trabajo con muchos obreros y empleados. Eso propiciaba entre nosotros el autocontrol y la solidaridad de todos con todos. Generaba un clima donde se

dejaban a veces de lado hasta las rencillas personales, los problemas de envidia, de egoísmo, todas las miserias que tenemos los seres humanos.

La fábrica era en Flores Norte, a dos cuadras de Juan B. Justo y Nazca. Era muy grande. Ocupaba toda la manzana, que hoy es de edificios de departamentos, entre Terrada, Remedios de Escalada, Condarco y Belaustegui. Y tenía depósitos en la vereda de enfrente, o en las manzanas contiguas, y a media cuadra estaba ese club.

Mire cómo funcionaban las empresas en ese momento: tenían médicos desde las 8 de la mañana hasta las 9 de la noche. Mientras trabajabas había médicos ahí para atender al personal; tenían clínicos, dentistas y otros especialistas para problemas de salud relacionados con alguna especialidad. Todavía no existían las obras sociales, con lo cual la empresa utilizaba una parte de sus ganancias en cuidar la salud de los trabajadores.

El dueño de esa fábrica, cuando entré había fallecido, creo que en 1956 o 1957. Quiero reivindicarlo, era Virginio Grego. Había sido un obrero, a principios del siglo pasado, en la fábrica Picardo. Se separó con unos compañeros y empezó con una maquinita a picar tabaco y a hacer cigarrillos por pedido, de una marca de cigarrillos negros que fue importante en su momento. Todo lo que se fuma en cigarrillos rubios ahora, antes se fumaba en los negros. Eran, pensemos, sin filtro. Por pedido se hacían.

Ese hombre, que ideológicamente estaba cerca del socialismo, tuvo dos medidas notables. Su empresa tuvo aguinaldo antes del '45; cuando Perón lo instituyó, en diciembre de ese año, Grego ya lo pagaba. Y otra cosa que me sorprendió enormemente, cuando entré a trabajar en la década del '60, fue que las compañeras obreras y empleadas, por maternidad gozaban de 2 años de licencia paga; volvían a trabajar cuando el hijo cumplía los 2 años. Yo tuve un par de compañeras que llegaron a tener hasta 3 hijos, o sea 6 años sin trabajar.

Cuando se venden las fábricas de cigarrillos como Particulares, que eran de capitales nacionales, las compran allá por 1968/69 las multinacionales, la Philip Morris y la British American Tobacco, una norteamericana y la otra inglesa.

Grego, como dije antes, había fallecido hacía muchos años. Las dos condiciones que les había impuesto a los herederos era que nunca tocaran esa medida a favor de las trabajadoras y que mantuvieran una escuela primaria -

todavía está en la calle Directorio, en Flores- que se llama Virginio Grego, solventada por la empresa.

Después, cuando la compraron las multinacionales, ¿qué hicieron? Ellos no querían pagarle a una trabajadora dos años sin que trabajara. Entonces adquirieron otras empresas, entre ellas Imparciales. Hacían ingresar a las nuevas trabajadoras por Imparciales, no por Particulares, que tenía esa cláusula de don Virginio Grego que las beneficiaba cuando tenían un hijo.

En los setenta comienza un período de muchos conflictos y reacomodamientos en el peronismo: luchas internas, divisiones, la conformación de la CGT de los Argentinos en oposición a la CGT Azopardo. Al frente de la CGT de los Argentinos queda consagrado un gran dirigente, que todavía hoy vive con 86 años: Raimundo Ongaro, de la Federación Gráfica Bonaerense, un brillante cuadro peronista (NdelE: Ongaro falleció en 2016). En esa época se profundizan las luchas obreras en distintos lugares del país; se produce el Cordobazo, donde obreros y estudiantes se unen en la defensa de sus derechos contra la dictadura de Onganía. Y aparecen las organizaciones armadas, integradas por numerosos compañeros de nuestra generación.

En Montoneros estuvo Dardo Cabo, que provenía del Movimiento Nueva Argentina y de Descamisados, un compañero de la Juventud Peronista. Igual que Envar *Cacho* El Kadri, que asumió la conducción de las FAP, junto con numerosos militantes del peronismo. Y algunos compañeros que se acercaron también a las FAR. Todos ellos libraron una lucha de juventud y trabajadores, que terminó con la dictadura de Lanusse en el '73, y el triunfo de Cámpora.

El primero regreso de Perón fue una gran frustración para la gente, y se responsabilizó del fracaso a uno de los dirigentes más destacados de entonces, que era Augusto Vandor, de quien ya hablamos antes. Ese regreso frustrado fue siempre un estigma que llevó sobre sus espaldas Vandor. Las preguntas que muchos se hacían eran: ¿Por qué no decretó la huelga general al impedirse el ingreso de Perón al país? ¿Por qué se calló la boca? ¿Por qué no movilizaron a la gente?

Fueron todas esas preguntas, que encerraban una acusación, las que llevaron a la división del movimiento obrero, muy especialmente a la creación de las 62 Organizaciones de Pie y a los demás realineamientos gremiales, que terminaron, como ya hablamos, en el golpe militar de Onganía.

El segundo regreso de Perón, el del 72, fue muy distinto. En este caso sí hubo una gran organización de los distintos sectores del peronismo, los cuales se movilizaron para recibir al viejo líder al aeropuerto de Ezeiza. Habíamos tomado como un aliciente enorme la bravuconada de Lanusse, cuando afirmó que a Perón *“no le daba el cuero para volver”*. El dictador había intentado, con el llamado Gran Acuerdo Nacional, reagrupar a los conservadores y a los antiperonistas en general, pero la masacre de Trelew le tiró todos los planes por la borda.

Se generó una movilización impresionante de gente desde distintos puntos de la Capital y el Gran Buenos Aires, de la que tuve el orgullo de participar con compañeros del sindicato y de mis tiempos en la Juventud Peronista. Pero, como se sabe, la mayoría no pudo llegar al aeropuerto de Ezeiza por el cerco militar.

Muchos compañeros cruzaron bajo la lluvia el río Matanza; otros se enfrentaron a los militares... al final algunos logramos llegar. El saludo de Perón bajo el paraguas de Rucci fue la señal del triunfo, a pesar del cerco y la represión. Vale la pena recordar el primer discurso del General al día siguiente de su arribo, el 18 de noviembre por la noche, ya instalado en la casa de Gaspar Campos, en Vicente López. Ante una multitud que colmaba las calles del vecindario, desde el balcón de esa residencia, Perón dijo: *“Más vale el desorden en libertad que el orden en esclavitud”*.

Distinto fue el 20 de junio de 1973. Esa fiesta, que sería el reencuentro definitivo de Perón con su pueblo, fue saboteada por los criminales que habían tomado el palco por asalto. Desgraciadamente hubo compañeros muertos y se malogró la alegría de alrededor de 2 millones de personas, llegadas de todo el país y pertenecientes a distintas banderías políticas, que habían asumido que lo mejor para la Argentina sería el regreso de Perón. Pero las luchas internas, los sectores del peronismo que se habían burocratizado, que negociaban con los militares y con la embajada norteamericana, hicieron fracasar no sólo ese festejo; también hicieron naufragar el gobierno de Cámpora y lo obligaron a asumir a Perón, contra su voluntad y con una salud deteriorada, cosa que varios sabíamos, especialmente los médicos.

Los tres médicos de Perón -quiero mencionar sus nombres: Jorge Taiana, Pedro Cossio y Domingo Liotta- elevaron un informe en el que decían que si

Perón desarrollaba una labor de más de 6 horas por día, su vida corría serio peligro. Es decir, estaba muy complicado cardiológicamente. Me acuerdo que Taiana y Liotta me lo confirmaron personalmente.

En abril del '70 asumo como secretario general del SUETRA. Toda la década del '60 fui activista, es decir, un afiliado más, pero en 1970 hay elecciones y se produce una división dentro del gremio por posturas enfrentadas ante la participación o no en la CGT de los Argentinos. Nosotros buscábamos que las autoridades del gremio en ese momento, que fueron buenos compañeros, en su mayoría peronistas honestos, asumieran posiciones más combativas, un rol de defensa más activa del movimiento obrero. Pero ellos tenían actitudes dubitativas, no se querían jugar, lo que llevó a discusiones y a dividirnos. Entonces, nos presentamos con una lista propia en las elecciones y el voto de los compañeros nos permitió llegar a la conducción del sindicato.

A partir de allí hicimos las primeras reuniones con un grupo de gremios peronistas integrantes de la CGT de los Argentinos. Prácticamente todos esos sindicatos después, en la época de la dictadura cívico militar del 76, conformamos la Comisión Nacional de los 25, el primer sector obrero que luchó contra esa dictadura.

Esos mismos gremios fuimos la base del peronismo combativo. Menciono los nombres de algunos dirigentes destacados del grupo: Eustaquio Tolosa de Portuarios, Julio Guillán de Telefónicos, Carlos Cabrera de Mineros, Ricardo De Luca y Carlos *Pancho* Gaitán de Obreros Navales, Juan Horvath de ATE, los trabajadores estatales, espacio del que surgieron pibes más jóvenes como Víctor De Gennaro y Germán Abdala, que asumieron la conducción de este sindicato años después y también fueron parte de Los 25.

Éramos un núcleo importante, de alrededor de 15 a 17 gremios, que batallábamos intensamente, pero sin apartarnos de las 62 Organizaciones.

Con el tiempo fuimos diferenciándonos de la CGT *oficial*, ya que planteamos una lucha distinta y la necesidad de dar un salto de calidad del movimiento obrero, frente a la defección de los *participacionistas*. Los llamábamos así por su excesiva inclinación a negociar y pactar con la dictadura de Onganía, en sintonía con los que promovían el peronismo sin Perón. Esta fue la razón de las luchas internas en la Confederación General del Trabajo y en las 62 Organizaciones, donde no teníamos la mayoría a nuestro favor, pero

manteníamos una postura firme, exigíamos definiciones y, a través de una militancia activa, conseguimos algunos objetivos.

Los *participacionistas*, que estaban cerca de los militares, aunque no se animaban a decirlo públicamente, no querían que Perón volviese. Sabían que si el General volvía ellos iban a perder protagonismo y corrían el riesgo de desaparecer, como finalmente sucedió.

También nos relacionábamos con otros sindicatos que no eran peronistas, como el caso de Luz y Fuerza de Córdoba, que conducía Agustín Tosco. Allí coordinábamos encuentros especialmente con el secretario adjunto, un hombre maravilloso, asesinado igual que Tosco por la dictadura del '76. Y con José Atilio López, secretario adjunto de la UTA (Unión Tranviarios Automotor) cordobesa, un dirigente muy fuerte del peronismo combativo que fue asesinado por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina).

Por supuesto no puedo omitir al sindicato de Empleados de Farmacia con Jorge Di Pasquale, que era un actor fundamental del peronismo combativo. Después que Di Pasquale fue asesinado por la dictadura, se destacaron en ese gremio otros compañeros, como Alfredo Ferraresi, fallecido recientemente, Horacio Mujica, que fue secretario general antes que Ferraresi, José Pepe Azcurra y Alfredo Carballada.

A veces, algunos compañeros del movimiento obrero, tenían actitudes de rechazo, hasta discriminatorias con los integrantes del Peronismo Combativo, pero la mayoría tenía respeto y consideración. Por ejemplo, Lorenzo Miguel fue un tipo muy respetuoso. Incluso hacia las corrientes internas de su propio gremio, ya que nosotros dimos batalla dentro de la UOM, a través del secretario adjunto, Avelino Fernández, gran amigo y uno de los mejores dirigentes que vi en mi vida. Sinceramente, una maravilla de ser humano.

Avelino nos hizo participar de una discusión interna de la UOM, porque nosotros queríamos, y Perón también quería, que él fuera secretario general.

Mire cómo se dirimían muchas veces estas luchas dentro del movimiento obrero: el sector de Avelino va a las 10 de la noche a presentar la lista, pero los integrantes de la otra lista tenían el control de la junta electoral; entonces hacen una maniobra de distracción, conversando, demorando la recepción de la lista hasta las 12 de la noche, y cinco o diez minutos después les dijeron que había vencido el plazo de presentación de listas y ellos no la habían presentado. Eso

agravó la interna, sumado a que algunos gremios tomaron partido a favor de Avelino Fernández. Esto fue un error de ambas partes, porque en definitiva éramos todos peronistas y teníamos bastantes cosas en común como para buscar acordar por encima de las diferencias. Uno se va dando cuenta con el tiempo, no en esos momentos donde está metido de lleno en la lucha y el fragor de la situación.

Quiero contar una actitud de Avelino Fernández que lo muestra en toda su dimensión de persona excepcional: tenía la carta donde Perón decía que él fuera secretario general de la UOM. Nunca la exhibió públicamente. No lo hizo ni siquiera con los compañeros, ni con la gente de su gremio. La conocíamos sólo cuatro compañeros, que le dijimos que la publicara y que nosotros lo ayudáramos a difundirla, pero se negó rotundamente, planteando que no lo iba a usar ni manosear a Perón. ¡Qué dirigente!

Capítulo V

Dictadura y Resistencia

Nuestro gremio es mayormente de clase media; perfil hoy acentuado por la existencia de muchos compañeros técnicos, profesionales, ingenieros. Se trata de un sindicato que, a pesar de aparentar ser muy chico, ya que teníamos 10 a 12 mil afiliados en esos tiempos, tuvo una activa participación política a través de todas sus seccionales en la década del '70: me refiero particularmente a Salta, Jujuy, Corrientes y Misiones, que son las zonas tabacaleras. Hubo una gran participación de los compañeros correntinos, en especial los de Goya, donde las ligas agrarias libraron una lucha importante. Las ligas agrarias lucharon heroicamente contra la dictadura militar y tuvieron muchos desaparecidos. No puedo dejar de mencionar al entonces obispo de Goya, monseñor Alberto Devoto, hombre de la iglesia firmemente comprometido con esas luchas, a quien conocí personalmente en una visita que le hice a instancias de Carlos Mugica, otro sacerdote que defendió la causa nacional y popular y fue asesinado por eso.

En este ejercicio de la memoria que estamos haciendo quiero hablar también de otro asesinato: el del compañero Guillermo Alzaga, quien fuera secretario general de la seccional Salta del SUETRA. Este gran compañero y dirigente extraordinario, luchador por los derechos de los trabajadores, estaba amenazado de muerte por la Triple A. Era diciembre de 1975 y yo viajé a Salta para aconsejarle que se fuera por un tiempo de la provincia, que viniera a Buenos Aires porque su vida corría serio peligro. Incluso, una noche que salimos con el auto vivimos un episodio que fue toda una advertencia: nos siguió un grupo de hombres armados en un vehículo y pudimos eludirlos milagrosamente. Después de eso, Guillermo me prometió que en unos días, una vez que arreglara algunas cuestiones personales, vendría por un tiempo a Buenos Aires. No le dieron tiempo: el 19 de diciembre, en la puerta de nuestra sede gremial, ubicada en la zona céntrica de la capital salteña, Pellegrini 915, lo acibillaron a balazos; le dispararon tantos tiros que el cuerpo quedó destrozado. Que sirvan estas líneas de homenaje a la memoria de nuestro compañero Guillermo Alzaga, a quien nunca olvidaremos.

El gremio nos acompañó constantemente en la lucha. Nosotros siempre tuvimos un respeto total dentro del gremio y nos sentimos respaldados, a veces hasta con el silencio.

A mí me tocó vivir con mis compañeros momentos muy difíciles, después del '76, con la represión encima, que fue durísima y provocó en mucha gente un gran temor. Nunca olvido a mis compañeros de esa época; fueron muy pocos los que claudicaron.

Particularmente me viene a la memoria alguien que me visitó después de mi secuestro, cuando fui liberado luego de sufrir cárcel y tortura, y me dijo: *“Roberto, no aguanto más; no duermo, pienso a la hora de levantarme qué pasará conmigo y con mi familia. Miro a mi hija - tenía una hija de 9 o 10 años - , miro a mi mujer, y tengo mucho miedo. Ideológicamente estoy ciento por ciento con vos, pero no me da la fuerza y no tengo el valor para acompañarte.”* Y otro compañero me dijo lo mismo. Por su sinceridad, yo los respeté mucho. Seguimos siendo amigos y compañeros. Tuvieron el valor de venir a decirme de frente que el temor los superaba. Algunos otros se alejaron sin decir nada, pero fueron unos pocos.

A principios del '77 tenía a mi pareja todavía detenida en la cárcel de Devoto; cuando la dejaron en libertad, nuestros amigos y compañeros nos aconsejaron salir del país. Estuvimos en el exterior dos años; en Venezuela, en España, y en otros lugares de Europa. Por esa época, el ministro de Trabajo era el general Liendo, un tipo que, creo, trató de atemperar algunos de los aspectos más crueles de la dictadura. Si no hubiera estado Liendo, pienso que el movimiento obrero hubiese sufrido más desapariciones, detenciones y torturas. Este general aplacó un poco la represión en el campo sindical, apoyado en el respeto de sus pares. Estando él al frente del ministerio nos pidió a todos los gremios, en momentos donde la mayoría de las organizaciones estaban intervenidas, que les comunicáramos a nuestros afiliados que debían reafirmar su afiliación. Es decir, los afiliados debían decidir si querían seguir perteneciendo a sus sindicatos.

¿Sabe lo que fue lograr la ratificación de la voluntad de los afiliados en todo el país? En el conjunto del movimiento obrero, 97 por ciento de los trabajadores confirmaron su afiliación. En nuestro gremio –como dije antes, de clase media– fue el 98,5 por ciento. Esto ocurrió entre marzo y abril del '77. La dictadura decía que a muchos los afiliábamos con medios coercitivos, apelando a la extorsión. Siempre había estado presente el mito liberal-conservador de que no teníamos tantos afiliados voluntarios y genuinos, sino que los conseguíamos con medidas de apriete sobre los compañeros.

Tuve una gran solidaridad de mis compañeros y amigos. Estaba separado, vivía con otra compañera, que también fue secuestrada, pero el sindicato, a mi ex esposa y a mis hijos, los siguió bancando. Había compañeros que hacían colectas y compraban lo necesario para los detenidos, por ejemplo, fruta, alimentos y los llevaban a la casa de Julio Guillán, que estaba detenido, a los hogares de otros compañeros encarcelados y a los que estábamos en el exilio. El gremio del Calzado tuvo atenciones con mis hijos, que eran chiquitos, proveyéndoles el calzado que necesitaban. Les hacían los zapatos y se los llevaban a ellos y a los hijos de otros compañeros, como Guillán.

Una solidaridad absoluta. Nuestro gremio también fue muy solidario con los telefónicos y con los dirigentes y militantes de varios sindicatos intervenidos. A mí me habían cancelado el mandato, *manu militari*, pero el SUETRA no estaba intervenido. Por eso, podíamos ayudar a los compañeros de Telefónicos, de

Ferrovianos, como también lo hacían otras organizaciones no intervenidas como la Asociación Obrera Minera, los Empleados de Farmacia, los Camioneros y algunos más, que ayudaban a gremios y dirigentes que estaban presos o en el exilio.

Volví en el '78 y retomé la relación personal con los sindicatos afines. Éramos bastantes los que nos reuníamos, ya desde antes de irme del país, y terminó conformándose la Comisión Nacional de los 25, llamada así porque ese era el número de gremios que comenzamos a reclamar y a denunciar ante nuestros compatriotas y el mundo por los secuestros, la tortura, los asesinatos y el cercenamiento de las conquistas del movimiento obrero. Esta actitud nos valió la persecución implacable del régimen.

Algunos compañeros hicieron gestiones con el general Liendo y con otros personajes influyentes, luego de lo cual me aseguraron que podía volver a la Argentina, que no iba a tener ningún problema. Entonces, regresé y, por supuesto, retomé mi actividad en el SUETRA. Aunque no tenía el cargo de secretario general, me seguían respetando como si lo fuera.

Participé de las reuniones de la Comisión Nacional de los 25 que culminaron con la convocatoria al paro del 27 abril del '79. La huelga fue decretada el 21 de abril; al mediodía terminamos una reunión en la Unión Obrera Molinera, en la calle México de la ciudad de Buenos Aires. Después de ese encuentro elaboramos los objetivos de la medida de fuerza, la primera contra la dictadura cívico militar, imprimimos en mimeógrafo la declaración con esos objetivos, entre los cuáles el principal era, por supuesto, el restablecimiento de las libertades públicas. Pedíamos tanto por las reivindicaciones gremiales como políticas, por la libertad de los compañeros, por el cese de las persecuciones, las desapariciones y la tortura, y por todas las conquistas sociales avasalladas. Esto motivó que el día 23 - vuelvo a rescatar este hecho - en una medida oportuna el ministro Liendo nos cita en la oficina del ministerio de Trabajo, ubicada en Moreno y Piedras, a los que habíamos declarado el paro y, ahí mismo, nos retienen hasta el anochecer, momento en el que apagan todas las luces y nos suben a unos vehículos de Coordinación Federal; quedamos todos detenidos.

La huelga estaba convocada para el 27, pero nos detienen cuatro días antes. De Coordinación Federal nos trasladaron a la cárcel de Caseros. Algunos

dirigentes que tenían buena relación con los militares fueron liberados, pero al grueso nos llevaron a Caseros.

Estuvimos primero en la Unidad Carcelaria 16, lo que era el viejo penal de Caseros, pero luego nos derivaron a la nueva, recién construida, que estaba al lado. Se trataba de una cárcel para encausados, copia de un presidio norteamericano en el que, según los especialistas, un preso no podía estar más de seis meses por el grado extremo de encierro. Existía riesgo de suicidio si lo dejaban más de ese tiempo. Nosotros estuvimos alrededor de veinte días, y luego nos volvieron a llevar a la vieja. A la nueva fueron trasladando a detenidos por distintas causas políticas de diferentes lugares del país. Al tenerlos encerrados más tiempo del recomendado, comenzaron a producirse suicidios de presos políticos. Otra atrocidad de la dictadura.

Volviendo al tema, esa cárcel la inauguramos dirigentes de la Comisión Nacional de los 25. Fuimos seis compañeros los que nos hicimos cargo de la huelga, por lo que nos procesaron. La causa estuvo en manos de uno de los peores jueces de la dictadura, el Dr. Giletta, que quiso imponer penas para tres compañeros de 3 a 10 años, y para los otros tres de 1 a 3 años, como era el caso de José Luis Castillo, de Conductores Navales, un gran dirigente que todavía vive. Los otros dos han fallecido: Enrique Micó del Vestido, un buen dirigente, y Demetrio Lorenzo, gran dirigente de la Alimentación. Los tres que nos quisieron encerrar de 3 a 10 años éramos Roberto García, de Taxistas, Raúl Ravitti, de Ferroviarios y yo. Ante esa nueva demostración de la absoluta falta de libertad en la Argentina, hubo una gran movilización mundial. Las organizaciones internacionales como la CIOLS (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, socialdemócrata), la FSM (Federación Sindical Mundial, comunista), la CMT (la Confederación Mundial del Trabajo, demócrata cristiana) pidieron por nosotros. Vale decir que los cristianos, los comunistas, los socialdemócratas, todos se movilizaron. Incluso el gobierno de Estados Unidos, cuyo presidente era James Carter, que venía ocupándose del tema de la violación a los derechos humanos, hizo gestiones. Hubo una gran presión externa sobre la dictadura. Vinieron dirigentes muy importantes del exterior y notorios defensores de los derechos humanos a vernos a la cárcel y a expresar su solidaridad. Esto les causó a los militares un mayor desgaste de su imagen internacional, que ya estaba bastante deteriorada.

Permanecimos varios meses detenidos y cuando nos liberaron, prosiguieron con la causa judicial; es decir, siguió el proceso penal, hasta que con el fracaso del Proceso y el restablecimiento de la democracia quedamos libres de culpa y cargo.

Hay que reivindicar no solamente la huelga del 27 de abril, sino todas las luchas del movimiento obrero. El secuestro, prisión, tortura y asesinato de compañeros fue impresionante. El movimiento obrero debió cargar sobre sus espaldas el peso de la lucha, porque con el exterminio de quienes integraban las formaciones especiales y libraban el combate armado, no había otro sector capaz de enfrentar a la dictadura cívico militar. Y hay que destacar la enorme solidaridad a nivel internacional. Creo que si no se animaron a matar a algunos de nosotros, fue por dos causas: primero, por ese respaldo internacional que ponía límites a la impunidad; y por otro lado, porque los militares sufrieron un gran desgaste, que fue debilitando su poder.

Pero hubo dirigentes que estuvieron largo tiempo presos: Lorenzo Miguel, Julio Guillán, Julio Piumato, Diego Ibañez de Petroleros, y valiosos cuadros del gremio de la Construcción. Algunos, debieron soportar de 4 a 6 años privados de su libertad. Los que estábamos en libertad íbamos a Amnistía Internacional, a la OIT, y a todos los congresos y reuniones a denunciar las detenciones ilegales, las vejaciones a nuestros compañeros y las desapariciones.

Las luchas fueron muchas y muy diversas. Después del 27 de abril, una de las primeras movilizaciones se hizo en 1980, con una marcha que reunió no más de 4 o 5 mil trabajadores, hacia la iglesia de San Cayetano, bajo la consigna *Pan, Paz y Trabajo*. Fue el comienzo de un camino que, con eje en la Comisión Nacional de los 25, buscaba integrar a otras organizaciones y compañeros. Esta estrategia tuvo su coronación en lo que fue la CGT Brasil, que eligió a Saúl Ubaldini como secretario general. Un candidato inesperado. Me parece importante contar cómo surgió la candidatura de Ubaldini. Había una dura interna en el movimiento obrero, entre los sectores más proclives a negociar con los militares y los que sosteníamos una posición más dura.

En ese entonces Lorenzo Miguel, que era un referente importante en el campo sindical, estaba con prisión domiciliaria. Lo fuimos a visitar un grupo de dirigentes compuesto por Ricardo Pérez (Camioneros), José Luis Castillo (Conductores Navales), Roberto García (Taxistas), Hugo Curto (Metalúrgicos),

Horacio Alonso (Judiciales), José Rodríguez (Mecánicos) y yo. Le propusimos como candidato a secretario general de la CGT a Hugo Curto y Lorenzo estuvo de acuerdo. Al día siguiente, muy temprano, lo fueron a ver Lesio Romero (Carne), Diego Ibañez (Petroleros), Fernando Donaires (Papeleros), Gerónimo Izzeta (Municipales de la Provincia de Buenos Aires) y otros dirigentes del sector dialoguista, para plantearle la candidatura de Fernando Donaires. Previendo de antemano la resistencia que podía generar en el líder metalúrgico esa propuesta (pensemos que Curto era de su propio gremio), dijeron que tenían un candidato alternativo: Saúl Ubaldini, un dirigente poco conocido hasta ese momento, del gremio de Cerveceros. Y Lorenzo aceptó para zanjar las diferencias internas. Es evidente que esos dirigentes pensaban que iban a poder manejar a Ubaldini, cosa que después no ocurrió.

Retomando el relato de las luchas, recuerdo que en una movilización pierde la vida el secretario de Actas de la Asociación Obrera Minera, en Mendoza. Lo fusilan desde atrás, hombres del Ejército. El responsable de ese regimiento y ejecutor de la orden de disparar fue el general Reston, después ministro de Trabajo en reemplazo de Liendo.

El enfrentamiento a la dictadura siguió con distintas acciones, hasta que se produjo la gran movilización del 30 de marzo de 1982, cuando se paralizó el país. En la Capital Federal la represión fue brutal. A mí me detuvieron en Plaza Miserere, a la salida de la estación de tren de la línea Sarmiento, cuando iba con un grupo de unos 70 u 80 compañeros hacia la avenida 9 de Julio, donde era el foco principal de la movilización. Me arrestó un contingente de Coordinación Federal, integrado por 7 móviles. Me detuvieron a mí y a unos cuantos compañeros, porque uno de los jefes del operativo me reconoció. Era comisario mayor y había sido comisario inspector de orden gremial. Coordinación Federal tenía varias secciones: orden estudiantil, orden gremial, orden político, encargadas del seguimiento y control de las actividades de los distintos sectores de la sociedad. Averiguaban lo que escribíamos, lo que hablábamos, las reuniones que hacíamos; en fin, controlaban estrictamente a los estudiantes, a los dirigentes gremiales, a los políticos. Había que estar muy atento y tomar muchas precauciones al momento de actuar, porque corríamos el riesgo de que se infiltraran agentes de los servicios de inteligencia. Todo

este aparato fue desarticulado después, por los gobiernos democráticos. En parte por Alfonsín y en parte por Kirchner.

Volviendo a nuestra detención el 30 de marzo, recuerdo que en la comisaría, a medida que traían a más compañeros detenidos, escuchaba a los oficiales decir: *“Nos tiran macetas de las casas, de los departamentos, nos tiran piedras, botellas. La gente está contra nosotros”*.

Su moral había bajado y estaban ablandados totalmente. Tal era la debilidad de la dictadura que tres días después se produce el desembarco en las Malvinas, un manotazo de ahogado. Por nosotros habían tenido que vaciar varios pabellones en Devoto. Éramos alrededor de 500 detenidos; compañeros de juventud y del movimiento obrero. Siempre me acuerdo de este episodio, porque fue la última vez que estuve preso.

Allí, en la cárcel, tenían miedo de lo que pudiéramos hacer un par de dirigentes. Estaba detenido conmigo César Loza, de Portuarios. Resulta que nos llevaron a los dos para hacernos “un estudio psicológico”, mientras al resto de los presos los reunieron en un patio para escuchar una arenga del jefe de Policía, que les anunció que iban a salir libres, pero que se trataba de una especie de “amnistía” por la recuperación de las Malvinas. Los amonestó diciendo que mientras ellos –los militares- peleaban por la Patria, nosotros poníamos palos en la rueda, obstaculizábamos el proceso. Fue una arenga militar típica, de la que nos excluyeron porque éramos conocidos y, para más, miembros de conducción de la CGT Brasil. Tenían temor a que interrumpiéramos al jefe de Policía en su perorata y produjéramos algún disturbio. Pero, por suerte, al final nos liberaron a todos.

Fue una dictadura cívico-militar. Uno tiene la costumbre de decir solamente militar, pero lo cierto es que un grupo de civiles los usó como idiotas útiles, por lo menos a muchos de ellos. Otros se dejaron usar por conveniencia, para hacer sus propios negocios. Pero, evidentemente, los ideólogos fueron civiles, de adentro y de afuera del país.

Fue una etapa de gran discusión política, porque muchos entendíamos que la defensa de la soberanía no podía servir como pretexto para frenar la lucha por la recuperación de la democracia. En otras palabras: Malvinas no debía convertirse en la excusa para sostener una dictadura totalmente cercada y repudiada. Resultaron decisivas las discusiones dentro de los partidos políticos,

de los sindicatos y de otras organizaciones populares para reafirmar que el objetivo principal seguía siendo la democratización del país. Como dije anteriormente, el 30 de marzo del 82 el régimen cívico militar ya estaba en decadencia, y el desembarco en las Malvinas, sin que lo que voy a decir signifique poner en tela de juicio la justicia del reclamo por nuestra soberanía, fue un hecho improvisado, desesperado y oportunista para salvar lo insalvable; aceleró la descomposición de la dictadura, que a lo mejor hubiera tardado algún tiempo más en aceptar una salida electoral.

El peronismo y el radicalismo, las dos fuerzas que tenían a nivel nacional más representatividad, marcaron el pulso de los debates por la inminente recuperación de la democracia. En la UCR la situación fue zanjada rápidamente porque Alfonsín se impuso en las internas y consiguió, con un discurso progresista de centro-izquierda, exaltando los valores democráticos, concitar mucha adhesión popular. Usó también algunas banderas propias del peronismo, apeló a la figura de Evita y logró un espacio político sólido hacia las elecciones del 30 de octubre del '83.

Nuestro movimiento, por su parte, salía de un proceso traumático, porque fue el que tuvo las mayores víctimas del terrorismo de Estado. Es decir, el peronismo y algunos sectores de izquierda sufrieron la mayor persecución y salieron de sus filas la mayoría de los compañeros presos, torturados, desaparecidos y exiliados. En la antesala de las elecciones teníamos todavía miles de compañeros en el exilio, impedidos de participar en el proceso del retorno a la democracia.

En ese contexto, con algunos sectores internos que seguían negociando con la dictadura, se empezó a discutir la fórmula presidencial y otras candidaturas importantes, como la de gobernador de la provincia de Buenos Aires. Para los que habíamos enfrentado duramente a la dictadura, la CGT Brasil, la Comisión de los 25 y los grupos políticos afines a nuestra postura combativa, Antonio Cafiero aparecía como el mejor candidato. Pero otros compañeros, que también habían participado de la lucha contra el régimen cívico militar, creían que el candidato debía ser Italo Luder. Hubo grandes discusiones internas y, en definitiva, se impusieron los compañeros que apoyaban a Luder.

Para nosotros Luder no era un buen candidato; pensábamos que había mostrado debilidad frente a las presiones militares cuando quedó como

presidente provisional de la Nación, en los meses finales del 75. Pensemos que en ese momento estaba en marcha el proceso para derrocar a María Estela de Perón, y la actitud de Luder, creíamos, había resultado funcional a los planes de los golpistas. Por eso teníamos una gran desconfianza hacia su figura.

Por otro lado, nos perjudicaron determinadas acciones de algunos sectores del peronismo durante la campaña electoral, porque no concordaban con lo que quería la sociedad argentina. La gente estaba muy cansada de la violencia, del uso irracional y discrecional de la fuerza. Había mucho temor todavía; existía un cierto recelo hacia el peronismo, que aparecía asociado con la violencia, sobre todo por lo ocurrido en nuestro último gobierno después de la muerte de Perón. Por lo cual, figuras como Herminio Iglesias y las llamadas patotas sindicales eran muy mal vistos por una parte importante de la ciudadanía. Esto fue hábilmente aprovechado por Alfonsín, que hizo aquella denuncia del *pacto militar-sindical* durante la campaña. Además, creo también que no llevamos los mejores candidatos en general, no solamente en la fórmula presidencial, sino en cuanto a la gobernación de la provincia de Buenos Aires –Herminio fue el candidato a gobernador- y en la lista de diputados y senadores nacionales. Perón decía que al Congreso había que llevar: 80 u 85 por ciento que trabajaran duro y 10 u 11 por ciento de inteligentes; aclaraba que no había que poner mayoría de inteligentes, porque si no, discutían entre ellos y no hacían nada. Y guiñando el ojo, como acostumbraba hacer cuando hablaba con picardía, concluía que era necesario poner 2 o 3 grandotes por si en los debates se ponían las cosas muy ásperas... Esta era la metáfora que usaba Perón para explicar la conveniencia de una composición equilibrada de las listas. Y nosotros, lamentablemente, pusimos 70 u 80 por ciento de grandotes, 10 o 20 por ciento con capacidad de trabajo y nada más que 5 o 6 inteligentes. El electorado vio eso y votó al Dr. Alfonsín.

Capítulo VI

Democracia y Renovación

La llegada de Alfonsín al Gobierno abrió algunas esperanzas, porque fue un discurso cautivador para un pueblo que venía de soportar los años oscuros de la dictadura. Pero este clima favorable fue cambiando, sobre todo después del 85, ya que las promesas de dar de comer, educar y curar con el solo ejercicio

de la democracia no se cumplieron. Además, lo que rodeaba a Alfonsín actuaba a menudo en contra de lo que él planteaba. El radicalismo, que había triunfado denunciando el *pacto militar-sindical*, paradójicamente tenía sectores internos estrechamente vinculados a los militares y a la derecha, que saboteaban a su propio gobierno.

En el '85, pese a que la UCR ganó las elecciones legislativas –en el caso de la provincia de Buenos Aires por la división del peronismo en dos listas- la aplicación del llamado *Plan Austral*, otro plan más de ajuste y recesión, fue alejando a mucha gente que los había acompañado. Después se produjeron las sublevaciones militares de los *carapintadas*, que pusieron a la sociedad en vilo. En esa oportunidad hubo una muy buena reacción del peronismo, en cuyo seno se había iniciado un recambio que se llamó la *Renovación*, que enfrentó al aparato burocrático y obsoleto que había sido repudiado por la mayoría del pueblo argentino en las elecciones del 30 de octubre del '83.

Aquí hago una pequeña digresión. Con la *Renovación* comenzó una larga disputa a través de congresos partidarios enfrentados, discusiones, impugnaciones dentro del peronismo. En el Congreso Nacional la bancada se dividió: de un lado, quedaron los diputados cercanos a los sindicatos *ortodoxos*, con Diego Ibañez de Petroleros a la cabeza; y del otro, nos ubicamos los legisladores de la *Renovación*, que nombramos presidente del bloque a un joven de 30 años, José Luis Manzano. Por esta división, si bien teníamos más o menos el mismo número de bancas, fuimos minoría respecto del radicalismo. Pero ese surgimiento de la renovación permitió apuntalar la democracia. En aquellas Pascuas famosas de la rebelión carapintada, cuando se trató de comprometer y, quizás, derribar al gobierno democrático, hubo una gran reacción del pueblo argentino y buenos reflejos del peronismo renovador. Como respuesta a los militares amotinados se produjo una gran movilización hacia la Plaza de Mayo; los principales dirigentes de la renovación, muchos de ellos diputados -entre los que me contaba, ya que había sido electo en 1985-, fuimos a la Casa Rosada a respaldar al gobierno elegido democráticamente.

Lamentablemente, creo que, en las negociaciones con los sublevados, Alfonsín hizo demasiadas concesiones y, en definitiva, lo debilitaron a él y fortalecieron a los militares que no terminaban de aceptar las reglas de la democracia. Pienso que tendría que haberse puesto más firme ante ciertos planteos y

colocarlos entre la espada y la pared. Pero también comprendo sus limitaciones, ya que tenía flancos débiles en su propio partido y, por otro lado, pesaba la experiencia negativa de lo ocurrido en nuestro país desde 1930. Eran 55 años de golpes militares recurrentes, por lo cual puedo entender que, desde su posición y responsabilidad, no haya querido arriesgar un nuevo quiebre del orden constitucional. No era que le faltaran agallas en lo personal, porque demostró tenerlas en más de una oportunidad. Basta recordar aquel discurso famoso en la Sociedad Rural, cuando los oligarcas presentes –hijos de los que pasearon por la pista en un descapotado lujoso y vitorearon a Onganía- quisieron desairar al Presidente de la República, que les contestó con una altura y brillantez memorables.

La alianza entre el radicalismo y el peronismo renovador apuntaló al sistema democrático. Y así, fuimos transitando toda la etapa de gobierno alfonsinista, durante la cual nosotros, como oposición, hacíamos el control y exigíamos las correcciones. Siempre hago esta reflexión: los que actuamos en política sabemos hacer todo muy bien cuando estamos en la oposición, pero cuando nos toca gobernar, a veces no sabemos hacer las cosas tan bien. Creo que esto forma parte del juego democrático y del aprendizaje que debemos realizar dentro de él. Y pienso que en algún momento vamos a aprender y a actuar con mayor madurez.

Hoy ya cumplimos más de 30 años de democracia, y con todas estas situaciones que nos tocó vivir pienso que deberíamos privilegiar las cosas importantes para el país y tratar de resolverlas en conjunto. No como todavía pasa, que lo que presenta el Gobierno está siempre mal y los que ocupan el lugar de la oposición saben cómo hacer todo bien y piden lo imposible. Sería bueno pensar que, en democracia, los roles se pueden invertir.

Entonces, retomando el relato, se fue debilitando cada vez más el gobierno del Dr. Alfonsín. Por un lado, debido a los desaciertos propios, y por el otro, socavado por lo que llamamos el *establishment* o, como le dice ahora Mauricio Macri, *el círculo rojo*, que le complicó la vida al gobierno radical como lo hace con todos los gobiernos que no responden a sus intereses.

Un ejemplo de las dificultades que se plantean en la relación gobierno-oposición fue la negociación fallida entre Alfonsín y los dirigentes sindicales identificados con la renovación peronista. Hubo una reunión en la quinta

presidencial de Olivos, a la que asistí con Roberto García, para hablar del nombramiento de un nuevo ministro de Trabajo con buena llegada al movimiento obrero. Conversamos sobre la línea gremial en que se apoyaría el presidente –los 25 o los participacionistas- y nosotros le planteamos que él eligiera el candidato, pero que debían hablar con todos. Al final, sin buscar un consenso en el campo sindical, designó a Carlos Alderete, dirigente de Luz y Fuerza, del sector participacionista. Y se frustró la posibilidad de un acuerdo más amplio y fructífero.

Mientras el gobierno radical se debilitaba cada vez más, en el peronismo llegamos a una interna con un resultado para muchos increíble: Carlos Menem, que había formado parte de la renovación, con el apoyo del sector ortodoxo, que no había podido imponerle a Cafiero el compañero de fórmula, ganó por un margen estrecho -fue 51 y medio contra 48 y medio por ciento- y se convirtió en el candidato a presidente por el peronismo. Allí perdimos una gran oportunidad de conseguir un candidato progresista como Antonio Cafiero, mientras que Alfonsín tuvo que dejar anticipadamente la presidencia, acorralado por la debacle económica y la hiperinflación, es decir, un clásico golpe de mercado. Los medios de comunicación hegemónicos, como es su costumbre y en concomitancia con los intereses del establishment que representan, contribuyeron a acelerar el proceso, situación de la que tenemos pruebas fehacientes. Lo dijo Alfonsín al hablar con Menem, ya electo presidente de la Nación: que fue empujado por el *establishment* y por los grandes medios de comunicación.

Un gobierno democrático que casi habíamos conseguido llevar al fin de su mandato de 6 años, y que debió adelantar 6 meses la entrega del poder, fue una demostración cabal de la intolerancia de un sector de la sociedad y de lo que representan el poder económico y los grandes medios, que cercenan la libertad y la democracia en un país. Y que hoy lo estamos sufriendo nuevamente.

Lo repito: uno ha tomado la costumbre de hablar de “la dictadura militar”, pero lo correcto es decir -como estamos haciendo en los últimos tiempos- “la dictadura cívico-militar, porque fueron grupos civiles y el imperialismo norteamericano (en una época junto con los ingleses) quienes dirigieron siempre los golpes en América Latina. El Plan Cóndor, ejecutado en toda

Sudamérica, no fue una creación de los militares brasileros, argentinos, chilenos, uruguayos, peruanos, sino que se orquestó y coordinó desde Estados Unidos, obviamente con el consentimiento de las fuerzas armadas locales, que actuaron como instrumento. Compañeros nuestros que habían escapado de la dictadura en nuestro país, fueron secuestrados en Chile, en Perú, en otros países de la región, y luego fueron traídos y ejecutados en la Argentina.

Sin ninguna duda que no existía golpe militar donde no había grupos económicos ligados a intereses foráneos. Las grandes empresas monopólicas del mundo: los bancos, las multinacionales del petróleo, de la química, del armamento, del cigarrillo, son poderes que manejan la economía internacional y que propiciaron los golpes militares. Esos golpes les resultaron útiles durante un tiempo, pero a la larga les trajeron muchos problemas, porque los pueblos se fueron rebelando y las dictaduras, deterioradas y desprestigiadas, se convirtieron en un salvavidas de plomo. Terminaron produciendo gran desconfianza, antipatía y hasta odio hacia los militares. Por eso, actualmente esos poderes buscan otras formas, por ejemplo a través de los medios de comunicación o de los llamados “golpes de mercado” –la desestabilización financiera de una economía-, de someter a los pueblos a proyectos que aseguren a los poderosos seguir siendo cada vez más ricos, mientras los pobres se empobrecen cada vez más.

Quiero rescatar de la etapa del gobierno de Alfonsín el funcionamiento del Congreso Nacional. Hubo debates que fueron brillantes: el de la Ley del Divorcio, por ejemplo, o la discusión sobre la legitimidad de la deuda externa, que fue cuestionada con argumentos muy sólidos.

Lo que no voy a olvidar nunca es la seguidilla de secuestros de empresarios, por los que cobraban un rescate y después los asesinaban, que eran ejecutados por grupos residuales de la dictadura. El caso límite fue el de Osvaldo Sivak, por quien los familiares pagaron 10 millones de dólares e igual lo mataron, como habían hecho con otros empresarios. A raíz de estos hechos criminales, el peronismo renovador hizo una denuncia y la interpelación al ministro del Interior, Dr. Antonio Tróccoli. En esa interpelación yo fui el miembro informante de la comisión que investigó el caso, y expuse la lista de los agentes de los Servicios de Inteligencia, de la Policía y de las Fuerzas Armadas, que estaban ligados a los secuestros, los que fueron detenidos luego

de la presentación que hicimos en el parlamento. Duró varios días esa interpelación; fue un hecho de enorme importancia que sorprendió mucho, que tuvo gran impacto en la opinión pública y que permitió consolidar la credibilidad del sistema democrático. El juicio a las Juntas Militares fue, en ese sentido, otro de los hechos de enorme trascendencia.

Lamentablemente, en la economía no conseguimos asentarnos cómo sí lo hicimos en la política. Eso nos dejó con una pata renga, que luego empeoró con la llegada al gobierno de Carlos Menem, a caballo de una gran mentira al pueblo, cosa que él mismo reconoció después. En su campaña electoral planteó “el salarizado” y “la revolución productiva”, para luego ejecutar una política antiperonista, contraria a los intereses del pueblo. Las tres banderas históricas del peronismo -Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política- fueron arriadas por el gobierno menemista. Si hablamos de soberanía política, vemos que estuvimos atados al carro del imperialismo: las relaciones carnales con EEUU, la supuesta “seducción” a los ingleses por el tema Malvinas, es decir, arrodillándonos ante las grandes potencias sin conseguir ningún beneficio real para la Argentina.

En cuanto a la independencia económica, el menemismo perfeccionó y completó la tarea destructiva de la producción nacional, especialmente de la industria, que había empezado la dictadura cívico militar. ¡Una vergüenza! Se importaba todo, hasta alimentos y bebidas que siempre fue un sector fuerte de la economía nacional. La Argentina se desindustrializó. Llegamos al 28 por ciento de desocupación, con alrededor de la mitad de los trabajadores en negro. Por otro lado, el cierre de comercios, de industrias, la desarticulación total del sistema ferroviario (que ya había comenzado en la época de Frondizi) y la entrega de empresas públicas emblemáticas, como YPF y Aerolíneas Argentinas, entre otras. De 100 mil trabajadores ferroviarios, por ejemplo, quedaron 10 mil. Y así fue en todas las empresas del Estado.

Y ni hablar de la justicia social, ya que la pobreza de la sociedad fue en aumento geométrico. En la década del '90 comenzó el flagelo de la droga en la Argentina, que hoy estamos pagando caro; se incrementó la delincuencia y creció exponencialmente la desigualdad social.

En el siglo pasado hubo dos décadas infames: una fue la de 1930 y la otra, la de 1990. Creo que esto es una lección que debemos aprender, aunque hay

ciudadanos que no tienen un reconocimiento al cambio que se logró en esta década en relación a lo que era el país en el 2001: estábamos desintegrados, peleándonos todos contra todos.

Lo que pasó el 20 y 21 de diciembre del 2001 debería ser una enseñanza, pero vemos que una parte de la sociedad argentina tiene poca memoria. Se olvidan, por ejemplo, de cómo confiscaron el dinero de los ahorristas, gente de clase media mayormente que hoy pareciera no recordar lo que tuvo que padecer.

A través de los medios masivos de comunicación están tratando de reeditar un proyecto de atraso y de dependencia, ya fracasado, pero que es el que tienen siempre preparado los grandes poderes económicos internacionales.

Capítulo VII

La política después de Menem

En diciembre de 1989, siendo subsecretario de Trabajo, renuncié en desacuerdo con la política económica del gobierno. Ya en el año '93 empecé a confrontar abiertamente con la política del menemismo. Me alejé de mis mejores amigos del campo gremial, con los que habíamos conformado la Comisión Nacional de los 25, y con algunos compañeros de la CGT Brasil empezamos a plantear diferencias con el proyecto de Menem.

Ese año hubo elecciones internas en la Capital Federal, en las que decidimos formar una lista en contra del oficialismo, que estaba en pleno auge. Esas elecciones se realizaron en mayo de 1993 y, a pesar de todos los vaticinios en contra, conseguimos la minoría. A pesar de maniobras que hubo en las elecciones y que, entre otros condicionamientos, nos impusieron el uso del color bordó–naranja, porque no nos dejaban utilizar otros colores, ya que la junta electoral y el partido eran manejados por el menemismo.

Quiero reconocer a numerosos compañeros que nos dieron una mano muy grande. Compañeros del movimiento obrero especialmente, pero destaco sobre todo a dos personas: una fue José Octavio Bordón, que había sido diputado nacional conmigo, con el cual militamos juntos en la década del 70 en el *Comando Tecnológico Peronista*; y la otra, Lorenzo Miguel, que también me ayudó muchísimo para presentar nuestra lista. Porque él tenía que hacer, como me decía, un delicado equilibrio; tenía un gremio que estaba perdiendo afiliados por la política económica del menemismo y por eso estaba en contra

del proyecto menemista, pero a la vez tenía que negociar algunas cuestiones con el gobierno. Pero le parecía muy bien que yo encabezara la lista y la apoyaba; prueba de ello fue que la integraron compañeros sindicales ligados a Lorenzo.

Asumí como diputado nacional en diciembre de 1993. Ya se habían hecho las privatizaciones de empresas públicas, el menemismo estaba destruyendo el aparato productivo, pero conseguimos, con un grupo pequeño de legisladores, oponernos a las leyes de flexibilización laboral. Hicimos corregir también la Ley de Jubilaciones, que luego fue perfeccionada y aplicada por el actual gobierno, el de Cristina, que introdujo los aumentos de haberes para los jubilados que se hacen dos veces por año. Logramos algunas cosas, pero fue una lucha desigual. Siendo diputado nacional yo no me fui del peronismo, como tampoco lo hizo Cristina, que fue diputada y después senadora. Peleamos adentro del peronismo.

Hubo algunos encuentros en los que pude expresar mi desacuerdo con el gobierno menemista, como un acto en la calle Matheu, sede del Partido Justicialista, donde pronunció un discurso el Dr. Menem y yo pedí la palabra para plantear mis diferencias. Luego lo hice también en la Quinta de Olivos. Comenzamos a ser visualizados como un obstáculo para el menemismo, pero eso rindió sus frutos. Recuerdo una frase mía que fue título de los principales diarios de Argentina, sacada de un discurso en el que planteaba que se estaba destruyendo al peronismo y se estaba liquidando al aparato industrial, y destacaba lo que había hecho Perón del '45 al '55, comparándolo con lo que hacía Menem. Ese discurso lo terminé diciendo que “nos cambiaron a Evita por María Julia y a Perón por el Almirante Rojas”. Y eso provocaba una respuesta impresionante de la gente. La primera vez que lo dije fue en la Unión Obrera Metalúrgica, en la sede de la calle Hipólito Irigoyen, de la seccional Capital, con 500 o 600 compañeros presentes. Cuando dije eso no pude terminar de hablar, vinieron todos los compañeros, subieron al estrado a abrazarme emocionados, al punto que me conmovieron a mí también. Ahí me di cuenta de que faltaban quienes se pusieran al frente de esta resistencia de tantos compañeros.

Por eso agradezco a la UOM, ya que hizo mucho para que pudiera volver a ser protagonista, pero no en lo personal, sino en la defensa del peronismo que queremos, el de las tres banderas históricas, el de Perón y Evita.

A partir de ese momento fuimos consolidando un espacio desde donde plantear la recuperación de la esencia del peronismo. Y en la elección presidencial del año '95, en mi condición de diputado nacional, dije que me quedaba en el partido pero que, sin ninguna duda –fue también título de tapa de los principales diarios- iba a votar a Bordón y a Chacho Álvarez, porque interpretaban el verdadero peronismo, a diferencia de lo que estaba haciendo el gobierno menemista. Me costó varios dolores de cabeza en el bloque, pero tengo que reconocer que si bien me apartaban de algunas reuniones -por supuesto, yo lo entendía, no iban a contarme las intimidades de ciertas cosas- nunca buscaron bloquearme, expulsarme del bloque ni nada por el estilo. Así, seguí fiel a mi postura y ellos también tuvieron un reconocimiento a mi conducta, porque sabían que no era un oportunista y que estaba planteando una diferencia basada en lo que creía; podía estar equivocado, pero creo que el tiempo demostró que los equivocados fueron ellos.

El llamado Pacto de Olivos, a través del cual se planteó la Reforma Constitucional que permitió la reelección de Menem. En esa reforma hubo aspectos importantes que quedaron consagrados en la Constitución Nacional, pero también quedó una gran deuda. Yo me pregunto: ¿Cómo puede ser que el peronismo haya olvidado los principios sociales de la Constitución del '49; los derechos de la ancianidad, de los trabajadores, de los niños? Es decir, todo un avance concretado en la Reforma Constitucional del '49 –luego anulado por la “Revolución Fusiladora”- y que, lamentablemente, como en la década del 90 una parte importante de nuestros dirigentes habían defecionado y permitido la entrega de las banderas de la emancipación nacional al neoliberalismo, se perdió la oportunidad de realizar una reforma constitucional más completa y con mayor sentido social.

Nos debemos, entonces, una reforma de nuestra Carta Magna en serio. Pienso que todos los logros de estos últimos 10 años hay que tratar de asentarlos en una reforma constitucional. Dejemos afuera el tema de la re-reelección, pero planteemos las cuestiones imprescindibles para consolidar la democracia con justicia social. Hay que hacer una reforma, porque si llega a ganar las elecciones presidenciales alguno de los representantes, visibles o encubiertos, del neoliberalismo, van a intentar destruir las conquistas de los últimos 10 años.

Ganó las elecciones Fernando De la Rúa y accedió al gobierno la Alianza, que fue más de lo mismo; con una indignidad total, con un presidente carente de la personalidad mínima necesaria para gobernar. En ese momento, no pude creer los votos que sacó De la Rúa. Una reflexión: ¡Cómo a veces la gente presta atención a lo que le muestran los medios de comunicación, como si estuvieran consumiendo un producto promocionado por la publicidad! Esa experiencia duró menos que un helado al sol. Cuando ya estaban al borde del precipicio, no tuvieron mejor idea que traer de nuevo como ministro de Economía a Domingo Cavallo, el inventor del plan que nos había llevado a la crisis terminal. Como no podía ser de otra manera, este personaje nefasto repitió la receta neoliberal, agravando la recesión y el desempleo que ya se habían acentuado antes con el recorte de jubilaciones y de sueldos de Machinea, provocando el estallido trágico de diciembre del 2001. Estos experimentos siniestros terminaron con la muerte de muchos argentinos, con una violencia desatada en el pueblo, con el cepo a los depósitos de los pequeños y medianos ahorristas, porque los que tenían grandes sumas sacaron antes su dinero, pues sabían bien lo que iba a pasar.

Mauricio Macri –en ese entonces formábamos parte los dos de la Comisión Directiva de Boca- me dijo unos días antes del estallido final que había sacado la plata que tenía en su caja de seguridad. Creo que me habló de unos 4 a 4 millones y medio de dólares que tenía en un banco, y había trasladado esa fortuna a Montevideo. Los poderosos sabían lo que estaba pasando en el país, pero no el pueblo y los ahorristas, es decir, la clase media, la clase media baja, los trabajadores, que pagamos las consecuencias de más de una década de políticas neoliberales. Y los mismos medios de comunicación que hoy baten el parche contra las políticas nacionales y populares, en esa oportunidad jugaron otra vez en contra de la gente. Buscaron la devaluación, como la buscan de nuevo ahora, para favorecer a los grandes grupos económicos, mientras el pueblo sufrió las consecuencias.

Capítulo VIII

Crisis y Esperanza

Algunos compañeros de Capital tenían una vinculación con Duhalde. Comenzaron a hablar con él alrededor de 1998. Uno de los que estaba al frente de esas conversaciones era Alberto Iribarne, con el cual habíamos militado juntos en la Juventud Peronista y en la Renovación con Antonio Cafiero. Se trataba, en casi todos los casos, de compañeros que nos conocíamos hacía bastante tiempo. Algunos habían formado parte de lo que se llamó *JP Lealtad*, que luego fundaron el grupo *Víspera: Chacho Álvarez, Norberto Croqueta Ivancich, Carlos Corach, y el propio Iribarne*. Un núcleo importante de compañeros, aunque algunos, lamentablemente, cambiaron de posición, como el caso del periodista de *Clarín* Ricardo Roa. Todo ese grupo formó parte en el '74 de los Montoneros que se quedaron en la Plaza de Mayo; eran los conductores de un grupo con un nivel intelectual importante.

Como decía, empezaron a hablar con Duhalde. En un momento vinieron a verme, luego de conversar también con Jorge Arguello y Eduardo Valdés. En las reuniones apareció Alberto Fernández, que no había militado con nosotros anteriormente. Yo había sido diputado nacional con Arguello e Iribarne. Respecto de Duhalde, tenía mis objeciones, ya que recordaba lo que había pasado en el '88, cuando Duhalde –que estaba con nosotros en la Renovación apoyando a Cafiero- se fue con Menem, porque no lo ponían de candidato a la vicepresidencia de la Nación. Por eso nos dejó, y a mí esas actitudes ambivalentes no me gustaban. Lo discutí mucho tiempo con ellos. Me invitaron a una reunión en San Vicente, donde éramos unos 60 o 70 compañeros, todos cuadros importantes de Capital, para hablar con Duhalde. Discutimos mucho con él, que me planteó cómo yo, que había enfrentado a la dictadura, tenía dudas de apoyarlo, cuando él había comprendido con nosotros muchas cosas. Nos fuimos organizando para enfrentar en Capital Federal al menemismo en las internas. Tuvimos una elección muy reñida, con tres listas muy parejas, que perdimos pero con un resultado de 35 a 34 a 33 por ciento, separados todos por un punto. Ese fue el punto de partida de una construcción que apuntaba a buscar una respuesta para el peronismo, que había sido vaciado de contenido, que permitiera recuperar nuestros principios históricos. Llegó el momento en el que Menem planteó la re-reelección y entonces hicieron una reunión los más allegados a Duhalde, en la que analizaron quién podría ser el compañero indicado, por su trayectoria, para presentar en la Justicia una demanda contra

ese intento menemista, que era inconstitucional. Luego de esa reunión, vinieron a verme y me pidieron que hiciera yo la presentación, asesorado por León Arslanian. También colaboró Ricardo Gil Lavedra. Hicimos la presentación y la Justicia rechazó por inconstitucional la re-reelección de Menem.

Acompañamos a Duhalde en esa aventura de la candidatura presidencial, que era muy difícil, porque el menemismo estaba muy desprestigiado y cargábamos con el peso de la vinculación de quien había sido vicepresidente de Menem. Eso influyó, de forma previsible, en el voto de una parte de la población que terminó apoyando a De la Rúa.

Estaba totalmente convencido, por mi experiencia personal con De la Rúa, que no podía ser de ninguna manera un buen presidente de la República. Lo sabía falto de carácter y de capacidad de conducir.

Muchos suponíamos que, detrás del discurso a favor de cambios en las políticas menemistas, en realidad iban a terminar aplicando las mismas recetas neoliberales. Y así fue, a pesar de la presencia de los compañeros del FREPASO en la Alianza y del rol que, supuestamente, jugaría *Chacho* Álvarez, compensando al radicalismo más conservador de De La Rúa. Discutimos mucho con algunos de esos compañeros, especialmente con *Chacho* Álvarez, y les decíamos que iban a terminar llevando al país a una encrucijada por la falta de propuestas y de capacidad del Dr. De la Rúa. Lamentablemente, no nos equivocamos: al final recurrió a Domingo Cavallo para ocupar el ministerio de Economía.

La economía seguía manejando a la política. Y eso lo hemos pagado muy caro, porque cuando se invierte la ecuación el neoliberalismo maneja la economía y la política. Así fuimos avanzando otra vez hacia el precipicio y terminamos estrellados en diciembre del 2001.

Durante los 90 había crecido la pobreza, el hambre, la droga -que ya se había introducido en nuestro país-, la delincuencia, mientras mucha gente se callaba la boca, muy especialmente las clases media y media alta, que viajaban por todo el mundo al mismo tiempo que los sectores populares sufrían acá en el país. Esos fueron cómplices del desastre, aunque sea por omisión.

Creo que De la Rúa pagó su falta de capacidad para conducir, pero también – producto de esa incapacidad- la falta de audacia y reflejos para cambiar una política neoliberal que destruyó al país.

La devaluación benefició a algunos grupos económicos, como el multimedio Clarín, que se favorecieron por la licuación de sus deudas. Fueron muy favorecidos, del 1 a 1 pasaron a 3,5 pesos por dólar. En ese momento se beneficiaron los mismos sectores económicos que ya habían sido favorecidos por Menem. Con Duhalde la gente estaba tan mal que costaba ubicarse o tener un criterio con respecto a si era correcta la devaluación o no. Pero no tengo ninguna duda de que el 1 a 1 fue algo ficticio y tramposo, que nos costó la destrucción del país.

Cuando llegué a la diputación por segunda vez, dejé la Secretaría General del gremio a nuestro compañero Ángel Costa. Yo acompañaba, hablaba permanentemente con los compañeros, iba a algunas reuniones, pero no podía, de ninguna manera, tener la dedicación que la Secretaría General requiere.

Capítulo IX

Un nuevo Proyecto Nacional

Salvo mi lugar de Director del Grupo Bapro, desde el 2001, no tuve cargo público; vale decir que no formé parte del Gobierno Nacional. Pero siempre apoyé y acompañé el proyecto encabezado por Néstor y Cristina. Además, tuve una buena relación con mucha gente del gobierno. Fui muy a menudo a hablar y a plantear algunas inquietudes. Con quienes más relación tenía era con Alberto Fernández y con Aníbal Fernández, ambos Jefes de Gabinete. El despacho del Jefe de Gabinete, puerta de por medio, comunica con el despacho presidencial, y cuando iba a ver, primero a Alberto y después a Aníbal, casi siempre aparecía Néstor Kirchner y, a veces, Cristina también. Charlábamos, me preguntaban qué opinaba.

Desde el principio Néstor y Cristina me gustaron muchísimo, y me gusta cómo ella conduce el país. Hay cosas que faltan, cuestiones para corregir, a veces es distinta la mirada de la Presidenta que la de uno sobre distintos temas. Pero las charlas con los dos siempre fueron importantes.

Hemos ganado una década. Y no lo digo porque apoye al gobierno, sino porque los cambios que ha tenido el país son muy visibles y profundos. Yo creo que fuera del marco de la re-reelección, que siempre estuve convencido de que

Cristina no la quería, tendría que haber una reforma constitucional para dejar asentados todos los logros, como los Derechos Humanos y los Derechos Sociales.

Tenemos que volver a pensar y a ver los principios de la Constitución del '49, con los derechos de la ancianidad, los derechos del niño, los derechos de las mujeres, todo lo que ahora están logrando ellas por primera vez. La realidad es que creo que el país merece tener una Constitución *aggiornada*, y tendríamos que buscar, sin tocar el tema de la re-reelección, actualizarla.

También la juventud, como en las décadas del '60 y '70 se interesa en saber lo que es su país, lo que es su Patria, se vuelve a entusiasmar, a tener sueños. Para mí todo esto que se ha logrado ha sido un triunfo enorme, porque yo tenía muchas dudas después del menemismo, después del gobierno de la Alianza. Es decir, ya estábamos un poco resignados a creer que los crímenes cometidos por la dictadura militar no iban a tener nunca justicia, que no iban a ser esclarecidos.

Yo sé que todo no se puede reparar, porque pasaron 20 años desde que cayó la dictadura hasta que se reimpulsó el juicio y castigo a los genocidas. Pero veo compañeros, algunos de la ultraizquierda, que siguen cuestionando al Gobierno. Me parece lamentable. ¿Creen que si este Gobierno se cae, vienen ellos? ¿No les sirvió de experiencia todo lo que pasó en el '55, en el '66 y en el '76? Cuando cae un gobierno democrático nos vienen a matar a todos, a ellos y a nosotros. Pero los peronistas siempre somos los que más sufrimos y los que ponemos la mayor cantidad de víctimas, porque en nuestro movimiento está la mayoría de la clase trabajadora.

Quieren representar a los trabajadores a partir de la descalificación, y como no se animan a descalificar a los trabajadores, agreden a los dirigentes sindicales. En la dirigencia sindical, como en todos lados, hay buenos, malos, regulares. Cuando son malos hay que tratar de cambiarlos y poner mejores, pero lo que no se puede negar es lo que piensa la gente. Y yo veo sectores de ultraizquierda que favorecen a la derecha –una constante de nuestra historia– con críticas más duras a veces que los sectores de derecha.

Han aprendido poco y nada, porque escucho a dirigentes como, por ejemplo, Altamira, hombres que tienen 80 y pico de años, que siguen diciendo las

mismas estupideces que en el pasado y que les costó la vida a muchos jóvenes.

Tenemos que decirlo, porque si la derecha defiende sus intereses es una cosa entendible, pero que desde la izquierda apuntalen los intereses de la derecha es una demostración de que estamos equivocados o no pensamos claramente; porque se ponen los intereses particulares de una minoría absoluta por encima del país, de la clase trabajadora y del mundo.

Observo ahora, por ejemplo, en las campañas electorales a los sectores de ultraizquierda hablando contra el gobierno, como si fuera el peor enemigo. Primero, ellos no hubieran llegado nunca a ser votados por la gente para gobernar; y segundo, si llegaban, no hubieran hecho el 10 por ciento de lo que hizo este gobierno, o hubieran durado menos que un helado al sol, porque hubieran hecho barbaridades. Este es un país equilibrado. No responde a lo que quiere una minoría. No hay una vanguardia iluminada como creen ellos. Han fracasado y su fracaso les ha costado la vida a muchos jóvenes.

Terminemos con esta historia. En los años '70 nos equivocamos en muchas cosas, pero teníamos el valor de los sueños, queríamos cambiar el mundo y dimos nuestra vida por ello. La mayoría de mis compañeros de entonces ya no están. Los que hemos quedado tenemos que defender lo esencial de esos sueños. Aunque tardemos más, pero que lleguemos a realizarlos. Por eso me siento reivindicado por este gobierno, he visto cosas que no creí llegar a ver: a los genocidas detenidos, a los trabajadores discutiendo los convenios colectivos, las fábricas funcionando casi al tope de su capacidad, a los compañeros comprando su primer auto, su primer moto, con posibilidades de comprar o construir su vivienda.

Creo que la vivienda es todavía una deuda pendiente de este Gobierno, aunque se está haciendo mucho con el plan PROCREAR. Creo también que hay que buscar una alternativa al impuesto a las ganancias que se le cobra a los trabajadores. El año pasado se tomó una medida buena –subir el mínimo no imponible- pero fue, quizás, un poco tardía. Gente que está ahorrando para comprarse algo, su casa, algunos artefactos para su hogar, y cuando ven que el esfuerzo de su trabajo se lo lleva un impuesto les cae mal.

Es necesario hacer un replanteo integral del tema impositivo, para que realmente paguen más los que más tienen. Creo que hay muchas cosas para

corregir; hay que seguir mejorando la educación pública, hay que continuar aumentando el presupuesto para la educación pública, como se vino haciendo hasta ahora. Hay universidades en todo el Gran Buenos Aires y en todo el Interior del País, que van dando posibilidades a familias que nunca tuvieron un profesional en su seno a poder lograrlo por primera vez.

Tenemos muchas perspectivas buenas, pero hay que afianzarlas a partir de una reforma constitucional y seguir luchando por lo que falta. Siempre pienso: hay un 30 a 35 por ciento que es favorable totalmente al gobierno; un 30 a 35 por ciento que fueron las familias de los privilegiados en este país, que siempre vivieron a costillas del resto; y hay un 30 a 35 por ciento que está en el medio, va para un lado o para otro, se hamaca hacia la derecha o hacia la izquierda. A mí me gustaría que estos últimos participaran, porque uno no tiene derecho a exigirle nada a un Gobierno si no participa, aunque sea mínimamente, y yo creo realmente en un país solidario, colectivo, y no en el individualismo ni en las políticas neoliberales.

Porque el individualismo lleva a que no tengamos amor por el prójimo y si no se tiene amor por el prójimo todo proyecto fracasa. Ahora, los que se entusiasman con el Papa Francisco, sería bueno que lo escucharan y que cumplieran con él. No sólo que lo escucharan, sino que cumplieran las cosas que está diciendo.

En relación con el gremialismo, lamentablemente, las divisiones debilitan al conjunto. Creo que habría que buscar la unificación del movimiento obrero. Por encima de las distintas características o formas de pensar. Cuando los dirigentes nos creemos más importantes que los trabajadores, nos equivocamos. Y hay algunos compañeros a los que su ego personal no los deja ver otras cosas. Creen que el movimiento obrero pasa por el narcisismo de ellos y no es así.

Lo que hace falta es humildad, y saber que primero están los trabajadores y después los dirigentes. A veces los dirigentes nos creemos demasiado importantes y se producen estas divisiones. Pero la unificación es necesaria para poder plantear y corregir cosas en el gobierno, y el gobierno también tiene que darles más participación a los trabajadores en algunas decisiones. Y también la participación en las Cámaras de Diputados y Senadores, donde los trabajadores necesitan tener a sus representantes. No es lo mismo tener representantes que defiendan a los trabajadores que tener a trabajadores que

defiendan directamente a sus mismos afiliados, a sus mismos compañeros. Creo que no hay nada mejor para esto.

Yo lo viví en EEUU, en algunos cursos que hice. Allá los sindicatos le pagan las campañas o parte de las campañas a los candidatos a diputados y a senadores, pero no son los trabajadores los que llegan. Y esto lo discutí mucho con ellos, les planteé que tenían que ser ellos mismos los candidatos; no pagarles la campaña a otros, sino tener gente propia preparada, como en Europa. A partir de las centrales sindicales y de las fundaciones que hay, como en Alemania la Fundación Friedrich Ebert, donde se preparan compañeros trabajadores para asumir las tareas legislativas y ejecutivas.